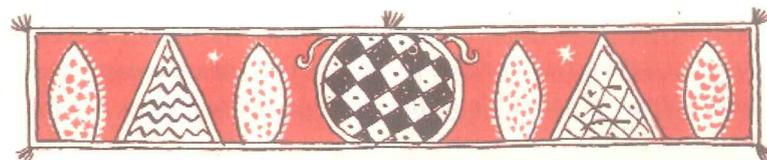


ῥῶτον οἰοῖνε τὰ σύμφωνα γράφονται διὰ τῆς ἐργασίας τῶν ἐντολῶν, εἶτα ὑπὸ τῶν ἀρετῶν ἐπισφραγίζονται καὶ ὑπογράφονται· καὶ τηλικαῦτα ἐπιδίδωσι τὸν δακτύλιον ὁ νυμφίος Χριστὸς τῇ νύμφῃ ψυχῇ. ἤγουν τὸν ἀρραβῶνα τοῦ Πνεύματος.

Cuando los contrayentes, Cristo y el alma, suscriben lo acordado mediante la práctica de los mandamientos, que luego lo ratifican y garantizan las virtudes, el novio, Cristo, entrega la alianza a su prometida, con las arras del Espíritu.



SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

CAPÍTULOS PRÁCTICOS Y TEOLÓGICOS

Nuestro santo Padre Simeón, por la gracia de la teología, que Dios le dio, ha sido llamado Nuevo Teólogo. Vivió bajo el reinado de Constantino Porfirogeneto, en torno al año mil. Fue discípulo de Simeón, llamado el Piadoso. Entrenado por él en los combates de la ascesis, llegó a una altura tal de virtud y de impassibilidad, y fue así digno de tal gracia divina, que es poco más o menos imposible de transmitir lo que nos ha confiado por la Escritura y que relata ampliamente su biografía, desplegada como ninguna otra sobre varios frentes. Pues en cierto modo había sido receptor de toda la potencia del Consolador. Llegó a ser su receptáculo esplendoroso, un venero de teología, un lugar de iluminación divina, una morada, una mansión deliciosa de los misterios indecibles en donde cohabitan la sabiduría espiritual y el conocimiento de Dios. Iluminado por este conocimiento, compuso escritos de todo tipo, muy seguros, en verso como en prosa, de entre los cuales hemos escogido e insertado en este tomo los presentes textos además de otros traducidos en lenguaje más simple que se añadirán en el último tomo, para servicio de muchos. Porque pueden hacer un bien inmenso a los lectores. Hasta aquí la presentación de Nicodemo.

Un milenario después de san Juan el Teólogo, con la

2
3
misteriosa y desconcertante convicción del testimonio visual y del testimonio místico, san Simeón el Nuevo Teólogo afirma que en el corazón crucificado de lo creado, Dios es un cuerpo de luz inaccesible y perceptible, y que este cuerpo de Cristo, por pura gracia, es también el nuestro. Mensaje crucial que, después de la “implosión” *hesycasta* de los siglos XIII y XIV ha irrigado secretamente hasta nuestros días el corazón del abismo histórico en el que se sumerge proféticamente la civilización bizantina. Pero ante todo mensaje de toda una vida consagrada al amor de la belleza última.

4
5
Nacido en 949 en Asia Menor, Simeón fue enviado a Constantinopla a la edad de once años, para cursar estudios y servir en los mentideros de la Corte imperial. Durante toda su juventud, hasta la edad de veintisiete años, Simeón fue un hombre “en el mundo”. Pero encontró en el monasterio de Studios, en los arrabales de la misma Constantinopla, a un monje anciano, Simeón el Piadoso, al que tomó por padre espiritual, y terminó vinculado a este monje y fecundado por su ejemplo. Durante este período y en plena ciudad de Constantinopla tuvo la doble experiencia –fundamental– de las beatitudes teofánicas luminosas y de las angustias del desamparo. Comprometido en la vida monástica, durante sus primeros años en el monasterio de Studios, donde vivía Simeón el Piadoso, y después en el pequeño monasterio de San Mamás, del que fue *higúmeno* desde 980 a 1009, para finalmente culminar su vida en el monasterio de Santa Marina en Pelukiton, en la costa del Bósforo, en donde fue relegado hasta su muerte en 1022. Simeón se compenetró siempre con la locura del amor de Dios y promulgó sus consecuencias evangélicas. Penitente, asceta y místico, se dedicó a transmitir a los demás, y a permitir en otros, dentro de los límites de la vida cenobítica conventual, pero también más allá de estos límites, las gracias que él mismo había recibido; aunque nunca quiso ni debía imponer su apostolado, o sus catequisis. Se limitaba a desbrozar caminos, significar la ascesis, abrir la

obediencia, deplorar el pecado, apelar a la liberación del mal. Sólo le importaba en última instancia el sello de Espíritu Santo, el amor de la belleza, la imagen de Dios. La lección es precisa e inmensa. Nos situamos perfectamente en el corazón del mensaje filocalico.

6
Con Simeón el Nuevo Teólogo advertimos la urgencia que tenemos de percibir la gracia divina en plena actividad; la oración pura en estado de serenidad (*apátheia*) que despierta el sentimiento de la acción divina. El sujeto asiste a un brusco despertar de las potencias que han permanecido en letargo desde su bautismo. Ahora en un nuevo Pentecostés, comparte con los Apóstoles el bautismo en el Espíritu. Mejor quizá, realiza en su cuerpo el estado de cuerpo glorioso en Cristo. Le acontece encontrarse impregnado de luz, e incluso en plena apariencia externa. Formulada con un vigor jamás logrado hasta Simeón el Nuevo Teólogo, esta configuración tendrá sus formatos definitivos en el renacimiento *hesycasta* del siglo XIV.

La Filocalía griega ofrece bajo el nombre de Simeón el Nuevo Teólogo una colección compuesta, muy limitada, pero significativa: 153 capítulos, el número “triangular”, que evoca los 153 peces de la pesca milagrosa, después de la resurrección de Cristo. Se han hecho investigaciones sobre estos “capítulos”, y han sido materia de una tesis de doctorado en Oxford acerca de la obra espiritual de Simeón Studita o el Piadoso (*eylabês*), queriendo demostrar que los capítulos 121 a 152 (y no sólo los capítulos 127 a 152 como creían I. Hausherr) pertenecen a Simeón Studita, que se integran en el marco de su *Discurso Ascético*; además los capítulos 119 y 120 serían igualmente de él, pero sin formar parte integrante del *Discurso Ascético*.

7
En el movimiento del hombre hacia Dios, la apófasis, o negación como despojo, es vivida como una muerte, que llega a ser en Cristo la nada, el fracaso, y la resurrección en el Espíritu. Muerte bautismal, actualizada a cada instante en el compromiso ascético mantenido con rigor, que poco a poco va transfor-

mando el corazón por la purificación y liberación de las pasiones. El asceta mediante el despojo se hace un pobre que ama a los hombres. Por la gracia de la Pascua el camino del desasimiento progresivo se convierte atajo de luz, porque la muerte no es invasión de la nada sino de la luz que transfigura el destino doloroso de los hombres, la tragedia y las creaciones de la historia. Por eso, el carácter dramático de la posesión y de la pérdida de lo divino en el corazón del hombre es descrito por Simeón como una fuerza que raramente encontramos en los Padres¹.

En los textos de Simeón recogidos en la Filocalía, se expresan todos sus temas favoritos. Se destaca el fenómeno místico de la visión de la luz divina, que se fundamenta en la compunción y don de lágrimas, y que reclama una experiencia consciente del Espíritu Santo. Esta exigencia como vocación requiere de él y lo expresa en sus escritos un entusiasmo casi zelota en la exigencia de una ruptura definitiva concerniente al monje de todos los vínculos de su pasado, especialmente familiares. No obstante, Simeón no limita esta exigencia sólo a los monjes, todo cristiano, cualquiera que fuere su vocación y la circunstancia que envuelva su vida, tendrá que aplicar la misma actitud. Desde esta perspectiva no existe un género de vida superior a otro. El mejor género de vida es el camino particular al que cada uno es llamado. Por eso, la plenitud de la contemplación tiene que ser tan accesible a la gente casada que vive en la ciudad como al morador del desierto.

La pluma de Simeón no olvida la situación concreta de una gran comunidad organizada, como el monasterio de Studios, lugar de su compromiso monástico. También aquí se impone al cenobita una estricta pobreza más que en lo concerniente a objetos; va más al fondo, al corazón, como es la renuncia a sí

¹ Cf. B. KRIVOCHÉINE, *Dans la lumière du Christ, S. Syméon le Nouveau Théologien*, Chevetogne 1980. 423.

mismo en la simplicidad e incondicionalidad de las relaciones mutuas, evitando a su vez toda complicación innecesaria, una de las tentaciones destacadas en una vida en común. También en comunidad, y sobre todo, se debe vivir sin preocupaciones y sin ansiedades (*amérimnós ophílei einai*). El exquisito cuidado que el monje debe tener gravita en evitar la pérdida de la luz; una luz que se irá combinando con un fuego ardiendo en las entrañas (*tà splagma ýpò pyrós*). Por eso es explicable el contraste luz-oscuridad (*phôs-skótos*), vidente-ciego (*typhlós-blépon*). Y para no caer al menos en la merma de luz requiere la dirección del padre espiritual; su guía solicita, la obediencia del discípulo como exigencia plena. El padre espiritual estimulará las lágrimas luminosas, el duelo y la compunción (*penthós, katányxis*) en su discípulo, y le dispondrá a la visión de la luz divina. Al final, verá al Uno, que simplifica y unifica todo; verá al Espíritu, y verá a Cristo, en una visión espiritual, luz inaccesible.

El capítulo 153, es extraído de la vida de la Vida de san Simeón el Nuevo Teólogo, compuesto por su discípulo Nicetas Stethatos. Los últimos capítulos son como una síntesis de moral práctica para uso de los monjes cenobíticos, y atestiguan de esta sabiduría que permite vivir en toda humildad y en toda paz en la frontera de la soledad y de la vida común. De este modo el mensaje de Simeón el Nuevo Teólogo —esta apertura profética, abierta, sobre el advenimiento del Completamente Otro— puede enraizarse, y verificarse, en la estricta y justa necesidad de los contactos humanos.

La colección se cierra en el capítulo 153, acerca de la llamada y requerimiento de esta apertura. Pero los precedentes capítulos 118 “prácticos y teológicos”, de la mano de Simeón, habían creado un clima ambiental: sólo un amor loco puede separar y unir al mismo tiempo en la vida eterna el mundo presente y el mundo futuro. El que ama al otro hasta el punto de renunciar a sí mismo, a su propia voluntad, a su propia alma, muere al mundo entero; y ya no hay nada ante él, en torno a él,

18 en él, más que el Dios vivo. Un amor así es aquí semejante a la luz que ha creado el mundo. Y lleva más allá del mundo. Pues en adelante el ojo de la mente, dice Simeón, ya no ve en todo más que la luz. Y el mismo hombre, como lo afirma la generalidad de los anacoretas, llega a ser una luz. Pero paradójicamente —y esta paradoja es su profecía y su modernidad— Simeón retoma el testimonio más extremado de los anacoretas para hacerlo suyo en el corazón de la vida común, donde las falsificaciones y las alteraciones del amor trepanan los ojos. Es explicable pues en estos capítulos, la continua denuncia de toda vanidad y de toda mentira, y esta exigencia total de la ascesis más estricta. Pero ocurre en lo referente al Reino de Dios como en el matrimonio comprometido. La ascesis no tiene otro sentido aquí que ser la prenda del amor. Significa la fidelidad absoluta del hombre. Y ella está completamente absorbida por el amor loco de Dios, el cual es para sí mismo su propia vía y su propio puerto. Al final, se desprende de todo una necesidad concreta y absoluta en la vida con un único mensaje: proteger la llama.

DE NUESTRO SANTO PADRE SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO CAPÍTULOS PRÁCTICOS Y TEOLÓGICOS

1. Tener fe es morir a causa de Cristo por sus mandamientos; es creer que esta muerte es una fuente de vida; es considerar la pobreza como una riqueza, la bajeza y la humillación como una verdadera gloria y un real honor; es creer igualmente que se posee todo cuando no se tiene nada¹; y más aún, es poseer la insondable riqueza del conocimiento de Cristo² y mirar como lodo o humo todas las cosas visibles.

2. Tener fe en Cristo, significa no sólo mantenerse distante de los placeres de esta vida, es también aguantar y soportar pacientemente toda prueba que nos sucede y nos sumerge en la

¹ Cf. 2Cor 6,10.

² Cf. Ef 3,8.

tristeza, la aflicción y la desgracia tanto tiempo como Dios quiera y hasta que nos visite, Pues está escrito: *Tengo paciencia y he aguardado al Señor, y se ha vuelto hacia mí*¹.

3. Los que de alguna manera prefieren su familia al mandamiento de Dios carecen de la fe en Cristo². Y su propia conciencia ciertamente los acusará, si es que su conciencia sobrevive a su falta de fe. Pues quien tiene fe no trasgrede en nada el mandamiento de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo³.

4. La fe en Cristo, Dios verdadero, engendra el deseo del bien espiritual y el temor del castigo. El deseo de lo mejor y el temor del castigo inducen a la guarda rigurosa de los mandamientos. La guarda rigurosa de los mandamientos descubre nuestra propia debilidad. El conocimiento de nuestra verdadera debilidad engendra el recuerdo de la muerte. Y quien vive con este recuerdo se esforzará en vislumbrar lo que le espera cuando se marche y abandone esta vida. Ahora bien, el que se aplica sin cesar en conocer las realidades del mundo futuro debe ante todo desprenderse de las cosas del mundo presente. Pues el que permanece apasionadamente adherido a las realidades de esta vida, no puede poseer el perfecto conocimiento de las realidades del mundo futuro. Pero si la economía de Dios le da a gustar las realidades futuras, y no se desprende lo antes posible de sus adherencias apasionadas, si no se entrega completamente a este conocimiento, proponiéndose no pensar en nada distinto, la misma ciencia que cree tener se le quitará⁴.

5. La renuncia al mundo y la total *anacóresis*, que tiende a hacernos extraños a los modos, actitudes, formas y personas de esta vida, y que nos llevan a renunciar al cuerpo y a la voluntad, es en breve tiempo una fuente de enorme recompensa, siempre que se haya puesto el máximo celo.

¹ Sal 39(40)2 (LXX).

² Cf. Mt 10,37.

³ Cf. Tit 2,13.

⁴ Cf. Lc 19,26.

6. Tú que renuncias al mundo no te permitas el consuelo de hacer en él tu morada, aun cuando te presionen todos tus familiares y amigos a hacerlo. Se lo sugieren los demonios para apagar el fervor de tu corazón. Y si no pueden coartar tu resolución completamente, pretenderán al menos aflojarla y debilitarla.

7. Si ante todos los encantos de esta vida te has mantenido firme y no te has dejado pillar, los demonios, suscitando en tus prójimos una supuesta compasión, los hará llorar y lamentarse por tu causa en tu presencia. Pero si te mantienes sin desfallecer en tu propósito, sabrás la verdad de esa compostura, cuando veas de repente a esa gente inflamarse de furor y de odio contra ti, apartarse de ti como de un enemigo y negándose a verte.

8. Cuando ves afligirse por tu causa a tus padres, tus hermanos y tus amigos, búrlate del demonio que en su astucia suscita esos sentimientos contra ti. Con temor y a toda prisa retírate, y con fervor ora a Dios, a fin de llegar lo más pronto posible al puerto de un padre espiritual, donde hará descansar¹ a tu alma fatigada y abrumada. Pues el océano de esta vida genera tantas causas de peligro y de extrema perdición.

9. El que quiere odiar al mundo debe amar a Dios desde el fondo de su alma y acordarse siempre de él. Nada como este amor y este recuerdo nos provoca el abandono del mundo con gozo y apartarnos de todo como si fuese basura².

10. Si te sientes llamado, no pretendas seguir en el mundo por ninguna razón, buena o mala. Obedece al momento a la llamada. Nada agrada tanto a Dios como nuestra presteza. Pues la obediencia rápida de una vida frugal es mejor que la lentitud vinculada a la abundancia de bienes.

11. Si el mundo pasa y todo lo que contiene³, y si Dios es incorruptible e inmortal, alegraos vosotros que habéis dejado por su causa las cosas corruptibles. No sólo la riqueza y los bienes son corruptibles, sino también es corrupción todo placer

¹ Cf. Mt 11,28.

² Cf. Flp 3,8.

³ Cf. 1Cor 7,31.

y toda complacencia relacionada con el pecado. Únicamente los mandamientos de Dios son luz y vida, y así lo reconocen todos.

12. Si has recibido la llama, hermano, si has corrido a un monasterio o te has sometido a un padre espiritual, no transijas al uso de los baños, de los alimentos, u otros menesteres corporales para aliviarte, aunque te lo inste tu padre espiritual o los hermanos que viven contigo. Disponte más bien siempre al ayuno, a la vida austera, a la templanza más extremada. Si no obstante tu padre en el Señor te ordena tomar algún alivio, obedécele, al no hacer en eso tu propia voluntad. Al contrario, soporta con gozo lo que has querido hacer por ti mismo para el bien de tu alma. Observando esta norma serás como un hombre que ayuna y se atempera, y que ha renunciado en todo a su propia voluntad. Más aún, mantendrás inextinguible la llama que arde en tu corazón y que te fuerza a menospreciar todas las cosas.

13. Cuando los demonios han hecho todo cuanto está en su mano y no han sido capaces de desviarnos del objetivo que Dios nos asigna, o nos impide llegar a él, entonces se camufla en hipócritas piadosos, y a través de ellos tratan de obstaculizarnos. Primeramente como si actuaran por amor y compasión, nos exhortan a relajar nuestros cuerpos para que no se debiliten ni se vuelvan tediosos. Luego nos invitan a conversaciones vacías para hacernos así perder el tiempo. Pero si prestamos atención a estos hipócritas y tratamos de acoplarnos a ellos, los demonios cambiarán de táctica mofándose de nosotros al caer en su trampa; pero si hacemos caso omiso de sus sugerencias, y nos mantenemos distantes, estando atentos y reservados, se consumirán de envidia y harán lo que sea hasta que nos expulsen del monasterio. Pues la arrogancia menospreciada no soporta ver ante sí a la humildad enaltecida.

14. El vanidoso se estrangula cuando ve al humilde derramar lágrimas y logrando por eso un doble provecho. Por las lágrimas el humilde atrae sobre sí la compasión de Dios y sin quererlo induce a los hombres a alabarle.

15. Desde el momento en que te abres completamente a tu padre espiritual, has de saber que eres un extraño a todo lo que tienes por fuera, me refiero a los asuntos y los caudales humanos. Sin él, no desees hacer nada, no te ocupes de nada entre la gente. No le pidas tampoco que te deje cosa alguna, insignificante o importante; no la tomes si por su propio impulso no te lo ordena, o si él mismo no te la da de su propia mano.

16. Sin tu padre en Dios no des limosna con los bienes que pudieras disponer. Tampoco aceptes que sin contar con él alguien reciba bienes por intermediario tuyo. Más vale ser y tener la reputación de pobre y extranjero cuando se ingresa en el monasterio, que generoso distribuyendo riquezas y surtiendo a los pobres. Lo propio de una fe sin componendas es el sometimiento total a la voluntad del padre espiritual, como a la mano de Dios.

17. No pidas nunca beber agua, aunque ardas de sed, mientras tú mismo padre espiritual no te haya invitado. Reprímete y violéntate en todo, persuadiendo a tu deseo con esta expresión: “¡Si Dios lo quiere!” Si mereces beber, Dios se lo revelará de una u otra manera a tu padre, y éste te dirá “¡Bebel!”. Entonces beberás con la conciencia pura, incluso si el momento de beber es inoportuno.

18. El que tuvo experiencia del provecho espiritual y poseyó una fe a toda prueba dijo tomando a Dios por testigo de la verdad: “Me he determinado no pedir nunca a mi padre comida y bebida, o tomar cualquier cosa sin su control, y hasta que Dios no le haya inspirado darme esta orden”. Y añadía: “actuando así, nunca he errado mi objetivo”.

19. El que ha adquirido una clara confianza en su padre según Dios, cuando lo ve, considera que ve al mismo Cristo. Y cuando está con él o le sigue, cree firmemente que está con Cristo y que sigue a Cristo. Un hombre así no deseará nunca entretenerse con nada extraño. No preferirá nada a su recuerdo y a su amor. Pues ¿qué hay más grande, o más ventajoso, en la vida presente y en la vida futura, que estar con Cristo? ¿Qué

hay de más bello y más dulce que su vista? Pero entablar igualmente un diálogo con él, supone sin duda alguna una anticipación de la vida eterna.

20. El que por virtud ama a quienes le ultrajan, le dañan o le despojan, y ora por ellos¹, hace grandes progresos. Pues esta actitud asumida con un corazón consciente sumerge el pensamiento en el abismo de la humildad y en las fuentes de lágrimas, donde baña las tres *zonas del alma*. Eleva la mente hasta el cielo de la impasibilidad y le capacita para la contemplación. La dulzura celeste que un hombre goza, hace considerar como basura todas las cosas de la vida presente². Si come y bebe, casi nunca lo hace con placer.

21. No hay que abstenerse únicamente de las acciones malas. El asceta debe también aplicarse a liberarse de pensamientos y criterios contrarios, y siempre adherirse a las consideraciones espirituales que ayudan al alma, a fin de permanecer entre los asuntos de esta vida sin inquietud alguna.

22. Una persona completamente desnuda, pero con los ojos cubiertos con un velo, no podrá ver la luz con solo su cuerpo desnudo si no retira el velo de sus ojos; lo mismo sucede al que ha menospreciado enseres y riquezas e incluso se ha despojado de las mismas pasiones, no verá nunca la luz inteligible, Jesucristo, nuestro Señor y Dios, si no libera el ojo del alma de los recuerdos de esta vida y de los pensamientos perversos.

23. Los pensamientos mundanos y las inquietudes de esta vida son un velo que cubre el ojo del alma, es decir, la *memoria de la mente*. Mientras el velo cubre nuestros ojos, no vemos. Pero cuando el recuerdo de la muerte retire el velo, veremos claramente la verdadera luz, la de arriba, que esclarece a todo hombre que llega a este mundo³.

24. El ciego de nacimiento no podrá nunca conocer, ni creer o descifrar el sentido de la Escritura. Pero aquel que recupere

¹ Cf. Mt 5,44.

² Cf. Flp 3,8.

³ Cf. Jn 1,9.

la capacidad de visión, testimoniará que lo que se ha dicho es verdad.

25. El que ve por los ojos sensibles sabe si es de noche o de día. Pero el ciego lo ignora. De modo semejante quien ha recibido *la visión espiritual, que ve por los ojos de la mente, que ha contemplado la verdadera luz, la luz inaccesible*, cuando por negligencia vuelve a la anterior ceguera y se siente falto de la luz, tiene plena conciencia de esta carencia y no ignora su causa. Pero el que es ciego de nacimiento nada sabe de estas cosas, ni por experiencia, ni por los efectos, a menos que oiga hablar de lo que nunca ha visto y lo retenga para contar a otros lo que ha oído. No obstante él mismo y los que escuchan no saben lo que comparten.

26. Es imposible atiborrarnos de comida hasta la saciedad y gozar espiritualmente de la divina dulzura de la mente. Pues cuanto más se cuida el vientre, más se privará uno de esta dulzura. Pero en la medida en que alguien aplique un riguroso control al cuerpo¹, se colmará de alimento y consuelos espirituales.

27. Abandonemos todo lo que es terreno. No renunciemos tan solo a las riquezas, al oro y a otros objetos materiales, expulsemos también de nuestras almas todo deseo de esas cosas. Detestemos no sólo los placeres sensuales del cuerpo y sus impulsos irracionales, esforcémonos también en mortificarlo con penurias. Pues el cuerpo es el medio por el que actúan y se satisfacen las tendencias codiciosas. Si llegan a dominar, toda necesidad de nuestra alma quedará aletargada, reaccionará con dificultad a los mandamientos de Dios, o incluso no lo hará en absoluto.

28. La llama de fuego, que siempre se alza a lo alto, se reforzará revolviendo la leña que arde, lo mismo ocurre al corazón vanidoso, incapaz de ser humilde, cuantas más tratas de ayudarlo, más se alza. Si le reprendes o le llamas al orden, se re-

¹ 1Cor 9,27

sistirá con violencia; y si lo alabas y estimulas, se alzarán aún con mayor impertinencia.

29. El hombre que tiene costumbre de contradecir es para él mismo una espada de doble filo. Sin saberlo, destruye su alma y la vuelve extraña a la vida eterna.

30. El hombre que contradice es semejante al que se entrega voluntariamente a los enemigos del rey. Pues la contradicción es una trampa, que tiene por cebo la justificación por la que, engañados, avalamos el agujijón del pecado. El alma desgraciada es entonces presa de la lengua y de la garganta por los espíritus del mal. Cuanto más elevada se encuentre en las alturas de la terquedad, tanto más se sumerge en el caos del abismo del pecado, y recibe la sentencia de condenación con los ángeles caídos del cielo.

31. El que es desdeñado o ultrajado y padece por ello en su corazón un intenso sufrimiento, ha de saber que es la señal de que lleva en su seno la serpiente ancestral. Si pues permanece en silencio o si responde con mucha humildad, debilitará y agotará a la serpiente. Pero si replica con acritud o habla con arrogancia, otorga a la serpiente la capacidad de inocular el veneno en su corazón y de roer cruelmente su interior. Entonces, afianzándose de día en día, la serpiente devoradora le impedirá alzarse hacia el bien e ingerirse el vigor de su pobre alma. El hombre vive en adelante para el pecado, pero completamente muerto para la justicia¹.

32. Si quieres renunciar al mundo y aprender a vivir según el Evangelio, no te confíes a un maestro sin experiencia o dominado por las pasiones. De lo contrario, en lugar de formarte en la vida evangélica, lo serías en la vida diabólica. Pues las enseñanzas de los buenos maestros son buenas, mientras que las de los malos maestros son perversas. Cuando las semillas son malas, necesariamente los frutos también serán malos.

¹ Cf. Rm 6,11.

33. En las oraciones y en las lágrimas suplica a Dios que te envíe un guía desapasionado y santo. Pero examina tú mismo las divinas Escrituras¹ y en concreto los escritos *prácticos* de los santos Padres, a fin de que comparando lo que te enseña y lo que hace tu maestro y tu superior, puedas ver y aprender esas lecciones como en un espejo, recoger y retener en tus pensamientos lo que concuerda con las Escrituras, pero también discernir y rechazar lo que está adulterado y modificado, para que no te extravíes². Date cuenta que hay en nuestro tiempo muchos tramposos y falsos maestros³.

34. El que no ve y se jacta en ser guía de otros es un falsario. Lleva a la zanja de la perdición a los que acompaña, según la palabra del Señor: *Si un ciego, guía a otro ciego, ambos caerán en la zanja*⁴.

35. El que es *ciego para el Uno* es absolutamente ciego para todo, pero el que ve en el Uno contempla todo⁵; se abstiene de la contemplación de todo y, a la vez, se adentra en la contemplación de todo mientras permanece fuera de lo que contempla. En el *Uno ve todo*, y estando en todo no ve nada. El que mira en el Uno, a través del Uno percibe todo: a sí mismo, a los hombres y las cosas; pero si el Uno le clausura, ya no ve nada. El que ve al Uno se ve a sí mismo y ve todo y a todos a través del Uno. Oculto en el Uno, no ve nada de cuanto hay en el mundo.

36. Todo hombre, dotado de razón y de inteligencia, que no ha revestido la imagen de nuestro Señor Jesucristo, hombre y Dios, sintiéndola y conociéndola, es únicamente carne y sangre. No puede percibir la sensación de la gloria espiritual sólo me-

¹ Cf. Jn 5,39.

² Cf. Sani 1,23.

³ Cf. Mt 24,5-24.

⁴ Mt 15,14.

⁵ *ò typhlòs pròs tò én typhlòs olòs pròs pánta estín. Ò dè blépòn en tò eni en theòría tôn pántòn estí.*

dante la palabra, y como los ciegos de nacimiento no pueden conocer sólo de oídas la luz del sol.

37. El que oye, ve, siente, comprende lo que digo. Pues ya lleva la imagen celeste¹, y ha llegado al estado de hombre perfecto en la plenitud de Cristo². Entonces se siente capacitado de guiar el rebaño de Cristo por la vía de los mandamientos de Dios³. Pero, es evidente, que quien no ha comprendido lo que se ha dicho y no ha llegado al estado de hombre perfecto, tampoco tiene los sentidos del alma esclarecidos y sanos⁴. Será mejor para él que lo guíen en lugar de guiar él mismo exponiéndose al peligro.

38. El que tiene a Dios por maestro y guía no puede contradecirse. Pero si piensa y dice que puede hacer una cosa y su contraria, ha de saber que se encuentra descarriado. Pues ignora cómo se comportan ante Dios los hombres de Dios.

39. El que cree que su vida y su muerte están en manos de su pastor no puede nunca contradecirse. Pero la ignorancia de estas cosas engendra la contradicción, que provoca la muerte inteligible, la muerte eterna.

40. Antes de recibir la sentencia, el culpable tiene la posibilidad de hablar en su defensa al juez de lo que ha hecho. Pero después de haber expuesto los hechos y la sentencia del juez, no tiene por qué replicar, ni poco ni mucho, a los verdugos.

41. Antes de que el monje se presente en este tribunal y revele el fondo de su corazón, quizá todavía se le permita objetar, sea por ignorancia, o porque se imagina que puede ocultar asuntos personales. Pero después de la revelación de sus pensamientos y de su sincera confesión, ya no se le permite hasta la muerte, objetar al hombre que, después de Dios, será su juez, y su maestro. Pues cuando un monje ha comparecido ante este tribunal y ha desvelado los secretos de su corazón⁵, estará con-

¹ Cf. 1 Cor 15,49.

² Cf. Ef 4,13.

³ Cf. Sal 118(119),32.

⁴ Cf. Hbr 5,14.

⁵ Cf. 1 Cor 14,25.

vencido desde el principio, por mínima comprensión que tenga, que merece mil muertes. Pero creará que por su obediencia y su humildad, podrá salvarse de todo sufrimiento y castigo, si realmente ha comprendido la naturaleza de este misterio.

42. Si guardas indeleblemente estas cosas en tu mente, tu corazón nunca se rebelará cuando seas doblegado, amonestado o reprendido. Pues el que cae víctima de esos males, me refiero a la contradicción y la desconfianza hacia su padre espiritual y su maestro, se le precipita deplorablemente de esta vida por la *escotilla*¹ al abismo del infierno. Y llega a ser la morada de Satán y de toda potencia impura, como un hijo indócil, un hijo de perdición.

43. Te exhorto a ti, hijo de obediencia, a reflexionar continuamente en estas cosas, a luchar ardentemente para no caer en los males del infierno, que acabo de evocar, a suplicar a Dios cada día con fervor, y a decir: “Dios y Señor del universo, que tienes poder sobre todo ser que alienta y sobre toda alma, tú el único que puedes curarme, escucha la oración de este desgraciado que soy. Por la venida de tu Espíritu Santo haz morir, haz desaparecer al dragón oculto en mí. Hazme digno, yo que soy pobre y desprovisto de toda virtud, de caer en lágrimas a los pies de mi padre santo. E induce a compasión su alma santa, para que tenga piedad de mí. Señor, da a mi corazón la humildad y los pensamientos que convienen al pecador, cuando ha prometido arrepentirse en tu presencia. Y no abandones por siempre el alma que una vez se ha consagrado y confesado a ti, que te he elegido y preferido al mundo entero. Señor, sabes que quiero salvarme, incluso si me obstaculizan mis malos hábitos. Pero a ti, Maestro, todo es posible de cuanto es imposible a los hombres².”

¹ Cf. *Prov 9,18 (LXX)*. En griego *pétauron*, que puede significar “palo de un gallinero”, “pértiga” o “caballete”, incluso “trampolín” o “pasarela”. Hallamos el término en la acepción de “palo de gallinero” en papiros de Egipto, con escritos del poeta Dionisio (II-III d.C). La imagen, en fin, es clara: la grave exposición al peligro de caer en el Hades. El texto hebreo tiene un término que cambia la frase: *jmki*, “profundidades”.

² Cf. *Lc 18,27*.

44. Los que con temor y temblor han puesto el bello fundamento de la fe y de la esperanza en la morada de la devoción, y han afianzado la planta de sus pies sobre la piedra de la obediencia a los padres espirituales, y escuchan como de la boca de Dios las órdenes que les dan, construyendo así, sin vacilar, en la humildad del alma sobre este cimiento de la obediencia, levantan segura toda su obra. Llevan bien esta importante y primordial empresa que consiste en renunciar a uno mismo. Pues cumplir la voluntad de otro y no la suya ocasiona no sólo la renuncia a la propia alma, sino sobre todo la muerte al mundo entero.

m45. El que contradice a su padre espiritual alegra a los demonios. Los ángeles, por su parte, admiran al que se humilla hasta la muerte. Pues un hombre así hace la obra de Dios¹, se vuelve semejante al Hijo de Dios, que ha impulsado la obediencia hasta la muerte, y la muerte en cruz².

46. Las aflicciones que rompen el corazón, cuando son frecuentes e intempestivas, *entenebrecen y turban la inteligencia*. Borran del alma la oración pura y la *compunción*. Fatigan el corazón, lo endurecen en una total insensibilidad. De esta manera los demonios se las ingenian para desanimar a los espirituales.

47. Cuando estas cosas te sucedan, monje, y que sin embargo descubras en tu alma un gran *ardor*, un intenso *deseo* de perfección, queriendo cumplir tu mandamiento de Dios, sin caer ni pecar, ni siquiera en una palabra vana³, y no ir a la zaga de los santos ancianos en el orden de la acción, del conocimiento y de la contemplación; pero si te ves entorpecido por aquel que siembra astutamente la cizaña⁴ del desánimo y no te permite acceder a tal nivel de santidad; pues te inspira pensamientos de desesperación y te dice: “Te es imposible en medio del mundo salvarte y guardar sin falta todos los mandamientos de Dios”, entonces solo, acurrucado en un rincón, recógete, concentra tu

¹ Cf. *Jn 6,28*.

² Cf. *Flp 2,8*.

³ Cf. *Mt 12,36*.

⁴ Cf. *Mt 13,25*.

pensamiento, da un buen consejo a tu alma, dile: *¿Por qué estás triste, alma mía? Y ¿por qué te me turbas? Espera en Dios, y volverás a alabarlo*¹. La salvación de mi rostro no está en mis obras, sino en mi Dios. Pues ¿quién será justificado por las obras de la Ley²? Ningún viviente será justificado delante de ti³. Pero por la fe en mi Dios, espero que me salve gratuitamente su inefable misericordia. Retírate de mí, Satán. Adoro al Señor mi Dios⁴, porque le sirvo desde mi juventud. Y él me puede salvar por su sola compasión. Aléjate pues de mí. Dios que me ha hecho a su imagen y a su semejanza⁵. Abolirá tu poder”.

48. La única cosa que Dios nos pide a nosotros los humanos es no pecar. Pero esta actitud no es cuestión de la observancia de la Ley, sino de la guarda constante de nuestra imagen y dignidad sobrenaturales. Si *mantenemos en pie esta imagen* y dignidad, llevando la túnica blanca del Espíritu, permanecemos en Dios y él en nosotros⁶, llamados dioses e hijos de Dios por adopción, marcados con el sello de la luz del conocimiento de Dios⁷.

49. El tedio y la pesadez del cuerpo que afectan al alma, son consecuencia de la pereza y la negligencia, descuidan las normas habituales de comportamiento, *entenebrecen* y desaniman la *inteligencia*. Entonces, los pensamientos recelosos y blasfemos aplastan el corazón. El que se siente tentado por el demonio del tedio no puede incluso recuperar su lugar de oración, sino que se deja llevar y le acometen pensamientos insensatos contra el Creador del universo. Si conoces la causa, si sabes por qué te suceden estas cosas, entra sin tardar en el lugar habitual de tu oración y, postrado ante Dios que ama al hombre, ora con gemidos de corazón, en el dolor y en las lágrimas, Reclama alivio frente al peso del tedio y de los pensamientos perversos; y si te esfuerzas en llamar y perseverar, se te dará una liberación inmediata.

¹ Sal 41(42),6.

² Cf. Rm 3,20; Gal 2,16.

³ Sal 142(143),2.

⁴ Cf. Mt 4,10.

⁵ Cf. Gn 1,26-27.

⁶ Cf. 1Jn 4,13.

⁷ Cf. Sal 4,7.

50. El que ha logrado la pureza del corazón ha vencido el apocamiento. El que está aún en trances de purificarse, a veces supera el apocamiento, aunque otras veces puede ser su víctima. Pero el que no combate absolutamente, o bien es totalmente insensible, incluso por el hecho de ser un adicto a las pasiones y a los demonios, además de estar enfermo de vanidad, lo está de presunción, pues cree ser algo cuando no es nada¹; o bien es el esclavo del apocamiento, se siente sujeto a él, tiembla como un niño, y teme allí donde no hay motivo de temor² ni apocamiento para los que temen al Señor.

51. El que teme al Señor no teme las agresiones de los demonios, ni sus ataques impotentes, ni tampoco las amenazas de los hombres malvados. Toda su persona es como una llama, o como un fuego ardiente, recorriendo noche y día los lugares inaccesibles, los lugares sin luz, expulsa los demonios, que huyen de él más que él pudiera ahuyentarlos, para no abrasarse por el rayo llameante, el rayo del fuego divino, que se desprende de él.

52. El que camina en el temor de Dios no tiene miedo de convivir con hombres malvados, pues abriga en sí este temor de Dios y lleva la armadura invencible de la fe, que le da la fuerza de enfrentarse a todo, incluso a lo que a la mayoría le parece difícil e imposible. Pero confiando en el Señor se comporta como un gigante en medio de monos, o como un león rugiendo entre perros y zorros. Por la firmeza de su propósito golpea terrorífico a los malvados y espanta sus corazones, pues lleva como un látigo metálico³ la palabra que confiere la sabiduría.

53. No sólo el *hesycasta*, o el sumiso a un padre espiritual, sino también el *higúmeno*, el que está a la cabeza de numerosos hermanos, y cualquiera que ejerza una responsabilidad, deben vivir sin inquietudes, es decir, ser libres, incontestablemente desprendidos de todos los asuntos de esta vida. Pues si vivimos in-

¹ Cf. Gal 6,3.

² Cf. Sal 13(14),5.

³ Cf. Sal 2,9.

quietos, transgredimos la orden de Dios, que dice: *No os inquietéis por vuestra vida, pensando qué comeréis o beberéis, o con qué os vestiréis. Los paganos se afanan por esas cosas*¹. Y también: *Tened cuidado, no sea que se emboten vuestros corazones en juergas, borracheras y las inquietudes de esta vida*².

54. No es libre quien inquieta su pensamiento por los asuntos de esta vida. Pues se encuentra trabado y retenido por semejante agobio. Y da lo mismo que se inquiete por sí mismo o por los demás. Pero el que es libre y sereno frente a la problemática de la vida, no se inquieta por sí mismo ni por los demás, sea obispo, diácono o *higúmeno*. Sin embargo, nunca descuidará ni marginará a las personas más sencillas y pequeñas³. Hará todo y se comprometerá en cualquier ocupación para agradar a Dios, pero siempre inmune a toda inquietud a lo largo de su vida.

55. No destruyas tu casa queriendo edificar la del prójimo. Calibra bien la obra en esfuerzo y dificultad, no sea que después de haberla comenzado tengas que derribar tu casa, y te hayas sentido incapaz de edificar la del prójimo.

56. Si no has logrado una perfecta indiferencia en los asuntos y en los bienes de esta vida, no te comprometas en asunto alguno a fin de que no te enreden. En lugar de recibir la recompensa de tu servicio, serías condenado como un ladrón y un sacrílego. Pero si la orden de tu superior te obligara a ello, sé como quien maneja una brasa. Refrenando por la confesión y el arrepentimiento la impetuosidad de tu pensamiento, estarás protegido, sano y salvo por la oración de tu superior.

57. El que no ha llegado a ser impasible no sabe que existe una impasibilidad. Tampoco se imagina que pueda haber en este mundo alguien así. ¿Cómo es posible que quien no se haya renunciado a sí mismo⁴ ni está dispuesto a derramar su sangre por

¹ Mt 6,25.31.32.

² Lc 21,34.

³ Cf. Mt 18,10.

⁴ Cf. Mt 16,24.

el deseo de una vida verdaderamente feliz, pueda admitir que otro haya hecho renunciaciones parecidas con el fin de lograr la impasibilidad? Lo mismo ocurre a quien se imagina tener el Espíritu Santo cuando en realidad está vacío; sin embargo se vuelve escéptico cuando oye de alguien en quien, poseído por el Espíritu, se le despiertan en su interior energías espirituales. No cree que pueda existir nadie en esta generación que, a semejanza de los apóstoles de Cristo y de los santos de tiempos pasados, reciba la energía y el impulso del Espíritu divino, o su visión, *de manera consciente y sensible*¹. Cada cual, en efecto, estima las cosas de los demás, en el orden a la virtud, o al vicio, según su propio estado.

58. Una cosa es la impasibilidad del alma, y otra la del cuerpo. La primera santifica también el cuerpo por su propio resplandor y por la efusión de la luz del Espíritu. La segunda es de suyo inútil para quien la tiene.

59. Un individuo que se ve enaltecido por un rey desde la extrema pobreza a la riqueza, agraciado con una dignidad gloriosa, revestido con un magnífico atuendo e invitado a su compañía, lo mirará con mucho cariño, lo amará por encima de todo como a su bienhechor, teniendo siempre en consideración el atuendo con que se viste, su dignidad y la riqueza que ha recibido; una cosa parecida acontece al monje que se retira seriamente del mundo y abandonando las realidades de esta vida, se vuelve a Cristo, cuya llamada siente; y por la práctica de los mandamientos, es enaltecido a niveles de la contemplación espiritual viendo sin engaño posible al mismo Dios. Considera entonces con atención el cambio que se ha realizado en su persona, porque no cesa de ver la gracia del Espíritu que le invade de luz, gracia llamada vestido y púrpura real, que en realidad es Cristo mismo, el Señor; siendo verdad que quienes creen en él, de él se revisten².

¹ *gnôstôs kai en aisthêsei ginómenos.*

² Cf. Gal 3,27

60. Muchos leen las divinas Escrituras. Otros oyen su lectura. Pero pocos son quienes pueden saber correctamente el sentido y el mensaje de lo que leen. A veces dicen que las divinas Escrituras les parecen imposibles. Otras, consideran que no son del todo creíbles. Y hay quienes alegorizan erróneamente afirmando que lo que se cuenta del momento presente lo atribuyen a realidades futuras, y lo que se dice de realidades futuras, lo comprenden como de acontecimientos ya pasados y como efemérides. De esta manera no hay en ellos un criterio recto, ni verdadero discernimiento de las cosas divinas y humanas.

61. Nosotros los fieles debemos ver a todos los creyentes como si fueran un solo hombre, considerar que en cada uno de ellos está Cristo, y por amor suyo mantenerse dispuestos en dar por él nuestras propias vidas¹. Nunca debemos decir o pensar de alguien que es malo, sino ver la bondad en todos los hombres, como lo hemos dicho. Si incluso vieras a alguien atormentado por las pasiones, no lo detestes pues es tu hermano; detesta a las pasiones que le declaran la guerra. Y si alguien fuese tiranizado por ambiciones o enajenaciones, sé todavía más compasivo con él; no sea que tú también seas probado², expuesto como estás a las fáciles fluctuaciones seductoras de lo material.

62. Una persona falsa por la hipocresía, o culpable por sus acciones, o fácilmente destrozado por alguna pasión, o algo abatido por alguna negligencia, no debe ser contado entre los honorables. Por el contrario debe ser rechazado como hombre todavía corrupto y depravado. De lo contrario, en un momento crucial podría romper el vínculo de unión causando una división en lo que no debe dividirse, y provocar la aflicción en una u otra dirección. Los que están delante sufrirían la separación de los que siguen; y los que siguen, de los que preceden.

63. Lo mismo que se sacude el polvo sobre la llama de un horno ardiente, y se apaga, así las inquietudes de esta vida y

¹ Cf. *Jn* 15,13-14.

² Cf. *Gal* 6,1.

todo apego a cualquier cosa deleznable, por pequeña que sea, apaga el fervor inicialmente encendido en el corazón.

64. El que lleva en su seno el temor de la muerte le desagrada todo alimento, bebida y vestido fino. No le sabe a nada el pan y el agua. Dará al cuerpo sólo lo que necesita, lo que basta para vivir. Renunciará a toda voluntad propia, y será el servidor de todos, discerniendo lo que se le ha pedido.

65. El que se ha puesto incondicionalmente en manos de sus padres espirituales en Dios por temor del castigo, no elegirá, ni aunque se lo manden, alivio para su corazón sufriente o liberación de los vínculos de su miedo. Y no escuchará a los que por amistad, o por halago, o imperativamente, le animen a que busque ese alivio o libertad. Preferirá antes bien lo que acrecienta el temor, y querrá lo que le aprieta el lazo de sus miedos, amará lo que fortifica el que le atormenta. Permanecerá en su actitud, como si no esperara nunca estar completamente liberado. Pues la esperanza de la liberación hace más soportable el sufrimiento, pero resulta contraproducente para quien se arrepiente con fervor.

66. El temor del castigo y el sufrimiento que genera son útiles a cualquier hombre que comienza a vivir según Dios. El que se imagina un comienzo sin este sufrimiento y sin este lazo, no sólo arroja sobre la arena el cimiento¹ de su comportamiento, sino que pretende construir una casa en el aire, sin cimiento, lo que es completamente imposible. Un sufrimiento así es la fuente de toda alegría, y un tal lazo que rompe las trabas de todos los pecados y de todas las pasiones. Aquí el que atormenta no da la muerte, sino la vida eterna.

67. El que no quiera evadirse y huir del sufrimiento que genera el temor del castigo eterno, sino que lo secunde con todo su corazón y tenga bien apretado sobre sí mismo los lazos de este temor, avanzará tanto más deprisa y le hará comparecer en presencia del Rey de los reyes. Desde el momento en que se vis-

¹ *Mt* 7,26.

lumbre la gloria del Rey, caerán sus lazos, se alejará de él el temor que le atormentaba, se invertirá en gozo el sufrimiento que aleteaba en su corazón¹, y brotará la fuente que expandirá de manera sensible las lágrimas como un río inagotable, y en la mente la serenidad, la dulzura, una suavidad inefable, junto con el ánimo y la libertad de correr sin trabas en la obediencia incondicional a los mandamientos de Dios². Una realidad así es todavía imposible a los *novicios*. Es lo propio de quienes en su progreso han recorrido ya la mitad del camino. Esta fuente será a su vez un hontanar de luz para quienes lleguen a la perfección, cuando su corazón es de súbito cambiado y transformado.

68. El que *tiene dentro de sí la luz del Espíritu Santo* es incapaz de mirarla, cae rostro en tierra, llama y grita, en el colmo del espanto, está tan desconcertado de ver y de padecer un fenómeno así que supera a la naturaleza, la razón y el entendimiento. Es como si a un hombre le ardieran las entrañas por un fuego que abrasa. Incapaz de soportar la quemadura de la llama³, está como fuera de sí y es incapaz de dominarse, pero a su vez se siente inundado de lágrimas inagotables que le refrescan. Si se atiza más el fuego de su *deseo*, las lágrimas corren más abundantes. Y, lavado por su flujo, brilla su persona con una luz más viva. Cuando está completamente inflamado y trasmutado en luz, se cumple lo que está escrito: "Dios está unido a los dioses y es conocido por ellos", en el sentido de que se ha unido y se han abrasado, y se ha revelado a quienes así lo han conocido.

69. Sin compunción y sin lágrimas, nos podemos engañar y extraviarnos con vanas palabras⁴, si no nos arrepentimos con verdadero pesar y temor de Dios en nuestros corazones, si no nos acusamos a nosotros mismos, ni nuestra alma es consciente del Juicio futuro y de los tormentos eternos. Pues si nos acusamos, si adquirimos y asumimos estas realidades, al instante de-

¹ Cf. *Jn* 16,20.

² Cf. *Jn* 20,9.

³ Cf. *Jr* 20,9.

⁴ Cf. *Ef* 5,6.

rramaremos lágrimas. Sin ellas, nunca podrá enternecerse nuestro corazón duro, ni nuestra alma alcanzar la humildad espiritual. Pues por nosotros mismos somos incapaces de llegar a ser humildes. El que carece de esta disposición no puede agradar al Espíritu Santo. Y el que no se une a él mediante la purificación, no puede lograr la contemplación y el conocimiento de Dios, ni merece una formación interior por las propiedades de la humildad.

70. Quienes simulan virtud y se muestran con la estameña¹ del hábito monástico, sin ser conformes al hombre interior², están probablemente rebosantes de toda iniquidad, llenos de envidia³, de placeres infectos, pese a que sean honrados como impasibles y santos por la mayoría de la gente que no tienen el ojo del alma suficientemente purificado y que no pueden reconocerlos por sus frutos⁴. En cuanto a aquellos que encauzan su vida en la devoción, en la virtud, en la simplicidad del corazón⁵, y que son santos de verdad, se les considera injustamente como del montón, se pasa de ellos, se los menosprecia y se les tiene en nada.

71. El charlatán y el jactancioso es considerado por esta gente como un maestro espiritual. Pero al hombre sosegado no le despista unas palabras que considera zafias y desarticuladas⁶.

72. El arrogante, enfermo de orgullo diabólico, rechaza a quien habla en el Espíritu Santo como si fuera un altanero y orgulloso, porque sus palabras les hieren en vez de moverles a compunción. Pero siempre que lanzan una perorata sobre su talento innato y sus merecimientos embaucando a la gente acerca de su salvación, es bien acogido y lo enaltecen hasta las nubes. Así entre estos hombres no es posible discernir con precisión y dictaminar con objetividad sobre la realidad misma.

¹ Cf. *Mt* 7,15.

² Cf. *Rm* 7,22.

³ Cf. *Rm* 1,20.

⁴ Cf. *Mt* 7,20.

⁵ Cf. *Hch.* 2,46.

⁶ Cf. *Mt* 12,36.

73. Dice Dios: *Dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios*¹. Ahora bien, la limpieza de corazón no depende de una virtud, ni de dos, ni de diez, sino de todas las virtudes en conjunto; y por así decirlo, como agrupadas en un solo haz hasta que logren su completa pureza. Y aun así son incapaces por sí solas de limpiar el corazón sin la acción y la presencia del Espíritu Santo. Lo mismo que el herrero aplica su arte gracias a sus herramientas, pero no puede culminar obra alguna sin la acción del fuego, así el hombre realiza todas sus acciones sirviéndose de las virtudes como de herramientas, pero sin la presencia del fuego espiritual las herramientas no sirven de nada y permanecen inservibles, no purifican la mancha y la purulencia del alma.

74. Por el divino bautismo recibimos el perdón de las faltas, somos liberados de la ancestral maldición², y santificados por la venida del Espíritu Santo. Pero todavía no recibimos la perfección de la gracia, como lo expresa la Escritura: *Habitare entre ellos y caminaré con ellos*³. Pues se da únicamente a quienes creen firmemente y lo manifiestan en su comportamiento. Después de nuestro bautismo, si nos abandonamos a las perversas e infames acciones, perderemos del todo esta santificación. Aunque por el arrepentimiento, la confesión y las lágrimas, recibimos proporcionalmente el perdón de nuestras faltas en primer lugar, y luego la santificación con la gracia de Dios.

75. El arrepentimiento lava la mancha de las acciones infames. Pero no disponemos una participación automática con Espíritu Santo, no en conformidad con la fe, la humildad y la interior disposición de arrepentimiento con que se compromete en totalidad nuestra alma; contando además con la completa absolución de nuestros pecados recibida de manos de nuestro padre espiritual. Por este motivo es bueno que nos arrepintamos diariamente, de acuerdo con el mandamiento que se nos

ha dado: *Arrepentíos, porque el Reino de los cielos está cerca*¹. Eso significa que esta tarea no tiene límites.

76. La gracia del Espíritu Santo se da como aval² a las almas que se desposan con Cristo. Lo mismo que sin aval la mujer no tiene seguridad alguna que se una ciertamente a su esposo, así el alma tampoco tiene certeza alguna de estar en la eternidad con su Señor y su Dios, ni de unirse a él *mística e inefablemente*, ni de gozar de su inaccesible belleza, si no recibe el aval de su gracia y no lo lleva consigo de manera *consciente*³.

77. Lo mismo que el aval no es seguro si el contrato escrito no lleva la firma de testigos dignos de fe, así la iluminación de la gracia no es cierta mientras no se activen los mandamientos y se hayan adquirido las virtudes. Lo que son los testigos en contratos, lo son la práctica de los mandamientos y las virtudes en el aval espiritual. Por ellos cada uno de los que deben salvarse se aseguran con la tenencia del aval.

78. Ni que decir tiene que el contrato tiene que estar ante todo escrito por la práctica de los mandamientos, sellado y firmado por las virtudes. Entonces Cristo, el esposo, pone en el alma, la esposa, el anillo, el aval del Espíritu⁴.

79. Lo mismo que la novia antes de la boda no recibe de su futuro esposo más que el aval, y debe esperar hasta después de la boda para recibir la dote convenida y los dones prometidos, así la Iglesia de los fieles y el alma individual de cada cual, la esposa, no recibe en primera instancia de Cristo, el esposo, más que el aval del Espíritu⁵. Ella espera a raíz de la salida de este mundo para recibir los bienes eternos y el Reino celeste, plenamente asegurada por el aval que le muestra esos bienes como en un espejo⁶, y le confirma lo que ha sido convenido con su Señor y su Dios.

¹ Mt 5,8.

² Cf. Gal 3,13.

³ Cf. Gal 3,13.

¹ Mt 3,2.

² Cf. 2Cor 1,22; Ef 1,14.

³ gnōstōs.

⁴ Cf. 2Cor 1,22.

⁵ Cf. 2Cor 1,22.

⁶ Cf. 1Cor 13,12.

80. Si al novio se le complica el viaje¹ o le requieren otros asuntos, y retrasa la celebración de la boda, y si la novia se irrita desconfiando de su amor, borra o desgarrar el contrato que les compromete, pierde al punto las esperanzas que había depositado en su novio. Ocurre lo mismo en el alma. Cuando un asceta dice: “¿Hasta cuándo tendré que aguantar?”, si entonces se desentiende de los sufrimientos y combates de la ascesis, si descuida los mandamientos y se desliga del arrepentimiento constante, es como si borrara y desgarrara el contrato. Al instante pierde completamente el aval y la esperanza de Dios.

81. Si la novia transfiere a otro el amor que debe a su novio con quien se ha comprometido, comparte su lecho con otro palmaria o secretamente, no sólo no recibe nada de lo que le ha ofrendado su novio sino que incurre, como se lo merece, en el castigo y el reproche de la ley. Ocurre lo mismo con nosotros. Si alguien, palmaria o secretamente, sustituye el amor de Cristo, su prometido, por un deseo de cualquier cosa, y su corazón se apega a esta suplencia, le resultará odioso y abominable a los ojos de Cristo, e indigno de unirse a él. Pues ha dicho: *Amo a los que me aman*².

82. Con tales signos cada cual debe cerciorarse si ha recibido de Cristo, del esposo y Señor, el aval del Espíritu³. Si lo ha recibido, que se aplique a conservarlo. Pero si todavía no ha sido juzgado digno de recibirlo, que se esfuerce en obtenerlo por las obras y las acciones buenas y por el arrepentimiento más ferviente, y luego que lo guarde practicando los mandamientos y adquiriendo las virtudes correspondientes.

83. Lo mismo que el techo de todas las casas y sus muros se apoyan en sus cimientos que, para que sean imprescindibles y útiles, han de ser lo suficientemente profundos para soportar el techo. Y si el techo sin cimientos no puede mantenerse, tampoco los cimientos sin el techo sirven para algo. Lo mismo ocurre con

¹ Cf. Mt 25,5.

² Prov 8,17.

³ Cf. 2Cor 1,22.

la gracia del Espíritu; se guarda por la práctica de los mandamientos, y sus obras se arrojan como cimientos a causa del don de Dios. Y si la gracia del Espíritu no puede permanecer en nosotros sin la práctica de los mandamientos, tampoco la obra de los mandamientos es útil y provechosa sin la gracia de Dios.

84. Lo mismo que la casa sin techo, abandonada por la negligencia del constructor, no sólo es inútil sino que expone al ridículo a su técnico, así el que echa los cimientos de la práctica de los mandamientos y ha elevado los muros de las virtudes más sublimes, queda imperfecto y mueve a compasión a los perfectos si no recibe la gracia del Espíritu Santo en la modalidad de la contemplación y del conocimiento espiritual. Sin ninguna duda por una de estas dos razones le ha faltado la gracia: porque ha descuidado el arrepentimiento, o porque, amilanado ante tanta enorme variedad de virtudes como ante un inmenso bosque, ha pasado por alto alguna de las más insignificantes al parecer, pero que necesaria para el remate de la casa de las virtudes, pues sin ellas no puede tener su cobertura por la gracia del Espíritu.

85. Si el Hijo de Dios, que es Dios, ha bajado a la tierra para reconciliarnos por él con su propio Padre, nosotros que éramos sus enemigos¹, y para unirnos a él mismo en forma *consciente* por su Espíritu Santo y consubstancial. Si falta esta gracia del Espíritu ¿cómo se podrá adquirir otra gracia distinta? A la verdad que quien no está reconciliado con Cristo, tampoco puede unirse a él por la participación en el Espíritu.

86. El que participa del Espíritu divino está desprendido de los *deseos* y de los placeres apasionados, pero no queda desligado de las necesidades naturales del cuerpo. Liberado de los lazos de la *codicia* apasionada y unido a la gloria y a la dulzura inmortales, se esfuerza en permanecer sin cesar en ese nivel y llevar su vida con Dios, sin sustraerse, ni siquiera un instante, de

¹ Cf. Rm 5,10.

esta contemplación y de estas delicias inagotables. Pero trabado por el cuerpo y la corrupción, es tirado por este cuerpo hacia lo bajo, arrastrado, forzado hacia las cosas de la tierra. Entonces experimenta tanto dolor como el alma del pecador cuando se desprende del cuerpo.

87. Para cualquiera que ama el cuerpo, la vida mortal, el placer sensual y el mundo material, la separación de este conjunto supone la muerte; más para quien ama la pureza, a Dios, la inmaterialidad y la virtud, la muerte separa a la mente de estas realidades, aun por breve tiempo. Si el que ve la luz sensible, cuando cierra los ojos u otro se los cubre, se siente abrumado y afligido y no puede absolutamente soportar permanecer sin ver, sobre todo si estaba observando algo necesario y extraordinario, cuánto más el que es iluminado en el Espíritu Santo, que, en realidad y en espíritu, velando o durmiendo, ve esos bienes que el ojo no ha visto, el oído no ha percibido, y no ha llegado al corazón del hombre¹, y que miran los mismos ángeles y desean contemplar², se sentirá abrumado y afligido si alguien lo arranca de esta contemplación. Le parecerá que se muere y que es justamente rechazado de la vida eterna.

88. Muchos han proclamado dichosa la vida eremítica, otros la vida común o cenobítica. Otros alaban el hecho de dirigir al pueblo, exhortando, enseñando y administrando iglesias. Estos compromisos proporcionan recursos materiales y espirituales a la gente. En cuanto a mí, no tengo preferencias, no sabría declarar qué género de vida merece alabanza y qué otro reproche. En todo caso, cualesquiera que sean las obras y las acciones, una vida consagrada a Dios y según Dios es completamente dichosa.

89. La vida humana está basada en la variedad de ciencias y de artes, cada persona practica una u otra actividad, aportando su contribución a la convivencia. Así se vive; comunicando unos con otros y recibiendo unos de otros, satisfaciendo las necesi-

¹ Cf. *1Cor* 2,9.

² Cf. *1Pe* 1,12.

dades naturales del cuerpo. Ocurre lo mismo en el ámbito espiritual. Uno se compromete en la vida por el camino que le traza una virtud, otro va por otro distinto. Pero todas estas vías diferentes convergen en un mismo fin.

90. El fin de todos los que se comprometen en un camino espiritual es agradar a Cristo nuestro Dios, obtener la reconciliación con el Padre por la comunión del Espíritu, y alcanzar así su propia salvación. Este es el camino de salvación para toda alma. Si no se logra el fin, vana es nuestro sufrimiento, vano nuestro trabajo, inútil todo camino de vida que no llevara a esta meta el que lo recorre.

91. El que ha renunciado a todo el mundo y ha partido a la montaña, como hacia la *hesyquía*, y desde ahí escribe con ostentación a los que están en el mundo, bendiciendo a unos, halagando y alabando a otros, se asemeja al hombre que se ha separado de una mujer prostituida, mal vestida, malvada, y se ha marchado a un país lejano para perder hasta su recuerdo; luego, olvidando el fin para el que ha logrado la montaña, desea escribir a los que intiman con esta prostituta y se mancillan con ella; y encima los felicita. Si no lo comparte en su cuerpo las pasiones de esos hombres, sí lo hace intencionalmente en su corazón y en su mente, desde que los felicita por unirse a esa mujer.

92. Hay personas que viven en el mundo y mantienen sus sentidos y sus corazones puros de todo deseo perverso, son dichosos y merecen toda alabanza; y por el contrario, otros residiendo en montañas y en cavernas¹ sueñan con alabanzas y elogios humanos, y no merecen más que reproches y menosprecio. Junto a Dios, que sondea nuestros corazones² serán como adúlteros. Pues el que desea que su vida, su nombre, su conducta sean enaltecidos por el mundo, se prostituye alejado de Dios³, como antaño el pueblo judío, según lo declara David⁴.

¹ Cf. *Hbr* 11,38.

² Cf. *Rm* 8,27.

³ Cf. *Os* 4,12.

⁴ Cf. *Sal* 105(106),39.

93. El que por la firmeza de su fe en Dios ha renunciado al mundo y lo que es del mundo, cree que el Señor es compasivo y misericordioso¹ y que acoge a quienes, arrepentidos, acuden a él. Sabiendo que Dios honra a sus servidores con el descrédito, que los enriquece con una extremada pobreza, que los glorifica con ultrajes y humillaciones y que los afianza con la muerte en comunión y herencia de la vida eterna, el así agraciado vuela por este camino como la cierva sedienta hacia la fuente inmortal², y alcanza el nivel supremo de la escala por la que los ángeles suben y bajan en ayuda de quienes pretenden subir. Dios está en la cumbre³, observando el esfuerzo de nuestra atención y diligencia y no gozándose de nuestro duro batallar sino deseándonos dar en su amor al hombre las recompensas como algo que se nos diera.

94. Dios nunca dejará sucumbir completamente a los que acudan resueltamente a él. Si los ve flaquear, les asiste y ayuda tendiéndoles su mano poderosa desde arriba y los hace subir hacia él. Les asiste de manera a la vez visible e invisible, consciente e inconsciente, hasta que, después de haber subido todos los escalones de la escala, se acercan a él. Y ya unidos completamente con él, se olvidan de todo lo terreno, conviviendo arriba con él en cuerpo o sin cuerpo, no lo sé⁴, compartiendo su existencia y gozando de los bienes inefables.

95. Es justo que pongamos nuestro cuello bajo el yugo de los mandamientos de Cristo, sin forcejear ni retroceder; que vayamos ardientemente decididos en esta vía hasta la muerte, y que hagamos de nosotros mismos el Paraíso de Dios verdaderamente nuevo, hasta que, con el Padre, el Hijo por el Espíritu Santo penetre y permanezca en nosotros. Entonces, cuando lo tengamos en plenitud dentro de nosotros, como nuestro huésped y maestro, aquel de entre nosotros a quien se le diere una

¹ Cf. *Sal 102(103),8*.

² Cf. *Sal 41(42),2*.

³ Cf. *Gn 28,12-13*.

⁴ Cf. *2Cor 12,2-3*.

orden o se le confiara una responsabilidad cualquiera, lo asumirá y lo cumplirá de todo corazón, como a él le parece mejor. Pero no se debe buscar una responsabilidad antes de tiempo, ni aceptar recibirlo de mano de hombres. Debemos perseverar en los mandamientos de nuestro Señor y Dios nuestro, y esperar su orden.

96. Si desempeñamos con merecimiento una responsabilidad en algún ministerio comunitario que se nos ha encomendado, y recibimos del Espíritu la orden de realizar otro ministerio, otra tarea u obra, no lo rehusamos. Pues Dios no quiere, ni que permanezcamos sin hacer nada, ni que quedemos hasta el fin en la misma y única tarea que hemos iniciado, sino que progresems y estemos siempre activos a fin de lograr lo mejor, en otras palabras, que sigamos cumpliendo la voluntad de Dios y no la nuestra.

97. El que se aplica a hacer morir su propia voluntad debe realizar lo que Dios quiere, identificarse con la voluntad de Dios y no con la suya, plantarla e injertarla en su corazón, y además fijarse bien si lo que se ha plantado ha enraizado en profundidad; si lo que se ha injertado ha cicatrizado, se ha unido al árbol siendo una sola cosa con él; y si todo crece, florece y da frutos apetecibles y exquisitos. Un hombre así ya no puede reconocer en sí mismo ni la tierra que ha recibido la simiente, ni la raíz sobre la que se ha injertado esa planta enigmática e inefable, que lleva la vida.

98. A quien el temor de Dios cercena su propia voluntad *incomprendiblemente*¹, sin que se sepa cómo sucede, Dios le otorgará la suya propia, la mantendrá indeleble en su corazón, abrirá los ojos de su inteligencia para reconocerla, y le dará la fuerza para cumplirla. Aquí sólo actúa la gracia del Espíritu Santo, y nada se hace sin ella².

¹ *agnôstôs*.

² Cf. *Jn 1,3; 15,5*.

99. Si has recibido el perdón de todos tus pecados, por la confesión o revistiendo el santo hábito angélico¹, qué amor, qué acción de gracias, qué humildad un perdón va a engendrar en ti, que merecías mil castigos. Pero no sólo te has librado de ellos, sino que te ha hecho digno de la filiación, de la gloria y del Reino de los cielos. Revolviendo sin cesar estas cosas en tu inteligencia, y pensando siempre en ellas, estate atento, prepárate de antemano para no ultrajar al que te ha creado, te ha honrado, te ha perdonado tus incontables faltas. Por todas tus obras glorifícale, hónrale, a fin de que él mismo a su vez te glorifique más, a ti que te ha honrado por encima de toda la creación visible, y eres tenido como su verdadero amigo.

100. Como el alma es más preciosa que el cuerpo, el hombre dotado de razón es más sublime que todo el universo. Si tienes en cuenta los innumerables seres que llenan el universo, no vayas a creer que son más preciosas que tú. Más bien, contemplando la gracia que se te ha dado, y reconociendo la dignidad de tu alma dotada de inteligencia y de razón, celebra a Dios que te ha enaltecido más que a todo el universo.

101. Reflexionemos cómo glorificamos a Dios. No puede ser glorificado por nosotros de modo distinto a como lo ha glorificado el Hijo. Pues las vías por las que el Hijo ha glorificado a su Padre² son las mismas por las cuales el Padre ha glorificado al Hijo. Sigámoslas también nosotros con fervor, a fin de glorificar por ellas al que ha aceptado ser llamado Padre nuestro en los cielos³ y ser glorificado por él en la gloria que el Hijo tenía junto a él antes que el mundo existiese⁴. Estas vías son las de la cruz, es decir, la muerte al mundo entero, las aflicciones, las tentaciones, y los demás sufrimientos de Cristo. Si soportamos estas cosas con mucha paciencia, imitamos los sufrimientos de

¹ El hábito monástico.

² Cf. *Jn* 17,4.

³ Cf. *Mt* 6,9.

⁴ Cf. *Jn* 17,5.

Cristo. Y por ellos glorificamos a nuestro Padre y Dios nuestro, como hijos que somos por gracia y coherederos de Cristo¹.

102. El alma que no se ha desprendido consciente y completamente del apego a las cosas visibles y de la tendencia hacia ellas, no puede soportar sin dolor las aflicciones que se le presentan y los ultrajes que le tienden los demonios y los hombres. Se siente vinculada mediante su tendencia, como por un lazo, a las realidades tangibles; por eso, si pierde dinero le duele como si la mordieran. La carencia de bienes lo atormenta. Y las llagas que lleva su cuerpo le provocan agudos sufrimientos.

103. Si alguien arranca de su alma la adhesión y el deseo de las cosas sensibles y la une a Dios, no sólo logrará que menosprecie el dinero y sus bienes anejos, estimando su pertenencia a gente ajena y forastera; no sufrirá su carencia, y además aguantará también las aflicciones de su cuerpo con alegría y con una acción de gracias conveniente. Pues advierte constantemente, según el Apóstol divino, que el hombre exterior va pereciendo mientras se renueva el hombre interior día a día². Tampoco es posible soportar con gozo de otra manera los sufrimientos que nos vienen de parte de Dios. En todo esto se necesita un conocimiento perfecto y una sabiduría espiritual. El que carece de él no cesa de marchar en las tinieblas³ de la desesperación y de la ignorancia. Y es completamente incapaz de ver la luz de la paciencia y de la consolación⁴.

104. Todo hombre que se muestra sabio porque se aferra a las ciencias exactas, no se dignará nunca doblegarse⁵ ante los misterios de Dios y de *verlos*⁶, mientras que no haya aceptado la humillación, y no se haya convertido en un *loco*⁷, rechazando con la presunción el mismo conocimiento que tiene. El que se comporta así y que con una fe firme sigue a los sabios en las co-

¹ Cf. *Rm* 8,17.

² Cf. *2Cor* 4,16.

³ Cf. *Jn* 12,35.

⁴ Cf. *Rm* 15,5.

⁵ Cf. *1Pe* 1,12.

⁶ *idein*.

⁷ *mōrós* cf. *1Cor* 3,18.

sas divinas, está guiado por ellos y con ellos entra en la ciudad de Dios vivo¹. Guiado e iluminado por el Espíritu divino², ve y aprende lo que ningún hombre puede jamás ver y aprender³. Entonces es enseñado por Dios⁴.

105. Los discípulos de sabios según este mundo califican de *locos* a los que son enseñados por Dios⁵. En realidad son ellos los auténticos locos, amordazados por la desvariada sabiduría profana, cuya estupidez Dios ha demostrado⁶, según el apóstol Pablo, y que la Escritura condena como terrena, material, demoníaca⁷, llena de disputa y de envidia. Hombres dominados por ella, son ciegos de la luz divina e incapaces de ver las maravillas que contiene; consideran descarriados a los que permanecen en la luz y porque ven y enseñan lo que hay en la luz; los descarriados son ellos mismos, porque nunca han gustado los bienes inefables de Dios.

106. Hay todavía gente desapasionada y santa que viven entre nosotros, cargados de luz divina, que han muerto a todo lo que concierne a esta vida terrena⁸, liberándose de toda impureza y deseo apasionado, de toda impureza y codicia vehemente, que no sólo les impedirá pensar o hacer algo malo, sino que incluso si alguien les impele a actuar indebidamente no sufrirán ni la menor mella en su impassibilidad. Más de uno conocería quienes son esos hombres si al menos tuviera la ciencia de las palabras divinas que se leen y se cantan cada día. Pero no, estos individuos aconsejan la desidia y se niegan a creer a los maestros espirituales que enseñan las verdades divinas en la sabiduría del Espíritu. Habrían creído en los bienes que Dios nos ha manifestado y ofrecido si poseyeran previamente un conocimiento perfecto de la divina Escritura pero, debido a su pre-

¹ Cf. *Hbr* 12,22.

² Cf. *Jn* 16,3.

³ Cf. *1Tm* 6,16.

⁴ Cf. *Jn* 6,45.

⁵ Cf. *Jn* 6,45.

⁶ Cf. *1Cor* 1,20.

⁷ Cf. *Sangt* 3,15.

⁸ Cf. *Col* 3,5.

sunción y negligencia, no son sensibles a estos bienes, no creen a los que los han recibido y, encima, los calumnian.

107. Los que han sido colmados de la gracia de Dios y han llegado a la perfección del conocimiento y sabiduría espiritual, ven y se acercan a la gente para beneficiarles de alguna forma con el recuerdo de los mandamientos de Dios o con alguna obra buena; algunos tendrán la suerte de escucharles, comprenderles y quedar persuadidos. Otros en cambio, no son guiados por el Espíritu de Dios¹, marchan en tinieblas sin saber a dónde van² ni con qué obstáculos tropiezan. Quizá algún día, si sacuden su presunción y aceptan la verdadera enseñanza del Espíritu Santo, conociendo lo concerniente a la voluntad de Dios en toda su pureza e integridad, se arrepentirán, y aceptarán el designio de Dios, participando en sus dones espirituales. Pero si estos pocos privilegiados de Dios se sienten incapaces de ofrecer algo positivo a esta gente que vive en el mundo, se vuelven a sus celdas lamentando la dureza que han encontrado en sus corazones; y se limitan a orar día y noche por la salvación de quienes permanecen aún en tinieblas. Para quienes están en contacto continuo con Dios y colmados de sus dones esta es la causa de su mayor tristeza.

108. ¿Cuál es el fin de la Economía de la encarnación del *Logos* de Dios, que se anuncia en toda la divina Escritura y se nos da a conocer por la lectura, pero que no reconocemos? Por supuesto que ha compartido lo que es nuestro para hacernos participar de lo que es él. Pues el Hijo de Dios ha llegado a ser Hijo del hombre para hacernos a nosotros, los humanos, hijos de Dios, ennobleciendo por gracia nuestra raza conforme a lo que es él mismo por naturaleza, engendrándonos desde lo alto³ en el Espíritu Santo y concediéndonos entrar al instante en el Reino de los cielos⁴, o más bien concediéndonos tenerlo en nosotros⁵.

¹ Cf. *Rm* 8,14.

² Cf. *Jn* 12,35.

³ Cf. *Jn* 3,3-7.

⁴ Cf. *Jn* 3,5.

⁵ Cf. *Lc* 17,21.

Así que ya no es en esperanza que entramos en el Reino, sino que gozamos de él y proclamamos que *nuestra vida está escondida con Cristo en Dios*¹.

109. El bautismo no anula nuestra libre capacidad de elección, sino que nos concede la libertad para liberarnos de la tiranía del diablo, a menos que la queramos. Está en nuestra mano después del bautismo la perseverancia deliberada en los mandamientos de Cristo nuestro Maestro y nuestro Dios en quien hemos sido bautizados² y el caminar por la senda de sus preceptos, o desviarnos y regresar al diablo, nuestro adversario y enemigo.

110. Los que según el santo bautismo se doblegan a las voluntades del maligno y hacen lo que les aconseja, separándose de la santa matriz del santo bautismo, como lo ha dicho David³. Pues ninguno de nosotros puede llegar a ser otra cosa o desentendernos de la naturaleza conforme a la cual se nos ha creado. Porque Dios ha creado bueno al hombre –y en Dios no tiene cabida la maldad–, y permanece inmutable en su naturaleza tal y como ha sido creada, e inmutable también en su esencia; aunque haga lo que elija y quiera, en bien o en mal. Una espada puede utilizarse para el bien o para el mal; eso no cambia su naturaleza, que sigue siendo metálica; lo mismo ocurre al hombre, practica lo que quiere, pero no sin desentenderse de su propia naturaleza.

111. Porque te compadezcas de una sola persona no asegurarás la salvación, pero si menosprecias a una sola te condenarás⁴. La expresión *tengo hambre y tengo sed*⁵ evidentemente no se ha pronunciado para una sola ocasión. Estas palabras no significan “tal día”, sino que abarcan toda la vida durante la cual hay que alimentar a Cristo, darle de beber, vestirle y todo lo que implica. Nuestro Señor y nuestro Dios no ha declarado que re-

¹ Col 3,3.

² Cf. Gal 3,27.

³ Cf. Sal 57(58),4.

⁴ Cf. Mt 18,10.

⁵ Mt 25,35.

cibiría de sus servidores esas atenciones una sola vez, sino siempre y sin discriminación de personas.

112. El que hace limosna a cien personas, pero que, cuando todavía le quedan reservas de bebida y comida, despide a muchos que le piden y suplican, será juzgado por Cristo por no haberle alimentado. Pues Cristo mismo está en toda esta gente, él que es al mismo tiempo alimento para todos, y necesitado en cada uno de los más pequeños.

113. El que hoy da a cada cual lo que necesita, pero mañana, pudiendo también hacerlo, desdeña a los hermanos y los deja perecer de hambre, de sed y de frío, desprecia y deja morir a Aquel que dijo: *cada vez que hicisteis eso con uno de estos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis*¹.

114. Si Cristo ha tomado *la apariencia* de cada pobre y se ha hecho él mismo semejante a todos ellos, es para que ninguno de los que creen en él se alce por encima de su hermano, sino que cada cual, viendo a su hermano y a su prójimo como a su Dios, se considere el más pequeño, él y no su hermano que es como su Creador, a quien acoge venerándole, y que se despoja de todo lo que tiene para servirle, como Cristo nuestro Dios, que ha derramado toda su sangre para nuestra salvación.

115. El que ha recibido la orden de estimar al prójimo como a sí mismo², debe hacerlo no durante un día, sino a lo largo de toda la existencia. Aquel a quien se le prescribe dar a quien pide³, debe comportarse así durante toda su vida. Y el que quiere que los demás le hagan el bien que desea⁴, será él mismo requerido de hacer a los demás ese mismo bien.

116. Por tanto, aquel que considera al prójimo como a sí mismo⁵ no puede tener otra cosa que a su prójimo. Si tiene algo, y no lo comparte con generosidad, hasta volverle pobre también a él y semejante a los que están junto a él, no cumplirá el

¹ Mt 25,40.

² Cf. Lv 19,18.

³ Cf. Mt 5,42.

⁴ Cf. Mt 7,12.

⁵ Cf. Lv 19,18.

mandamiento del Maestro. Y no lo cumple tampoco aquel que no quiere dar indiferentemente a todos los que le piden, sino que rechaza a alguno disponiendo todavía él mismo de algún óbolo o trozo de pan; tampoco aquel que no hace al prójimo lo que quisiera que otro le hiciera a él mismo¹. Así, el que ha alimentado, o mitigado la sed, o vestido a todos los pobres, incluso a los más indeseados, y que ha hecho todo por ellos, pero que no obstante ha menospreciado y se ha desentendido de uno solo, será sentenciado también él como si se hubiera desentendido de Cristo, hambriento y sediento².

117. Quizá estas cosas parecerán a todos difíciles de aceptar. Y se preguntarán sorprendidos: ¿Quién es capaz de practicar todo eso, cuidar y alimentar a todos los hombres, y no desentenderse absolutamente de nadie? Deberán escuchar a Pablo, que dice textualmente: *El amor de Cristo nos apremia al considerar que, si uno murió por todos, todos murieron*³.

118. Si los preceptos generales contienen de suyo todos los preceptos parciales, las virtudes generales incluyen también las virtudes particulares. El que vende sus bienes y los distribuye a los pobres volviéndose pobre, cumple de una sola vez todas las obligaciones de los preceptos parciales; ya no tiene que dar al que le pide ni atender al que le requiere ayuda material. De la misma manera el que practica la oración continua sintetiza todo en esta práctica, y ya no necesita alabar al Señor siete veces al día, o al atardecer, a la madrugada y al mediodía; porque ha cumplido ya con todas las oraciones y salmos prescritos para las horas y tiempos determinados. Así también el que tiene conscientemente en sí al Dios que da a los hombres el conocimiento, penetra en el corazón de la Sagrada Escritura, recoge todo el fruto de su lectura, y no necesita ya más la lectura de los libros. ¿Cómo es posible? El que está en comunión⁴ con el que ha ins-

¹ Cf. Mt 7,12.

² Cf. Mt 25,45.

³ 2Cor 5,14.

⁴ *ynómilon*.

pirado a los que han escrito las divinas Escrituras, y es iniciado por Él en los arcanos de los misterios ocultos, será él mismo un libro inspirado para otros, un libro inspirado por Dios, que contiene los misterios antiguos y nuevos¹ escritos en él mismo por el dedo de Dios², porque ha cumplido todo en Dios, el principio de toda perfección, y descansa de todas sus obras.

119. El derrame seminal durante el sueño puede producirse por muchos factores. Puede provenir de la glotonería, de la falsa autoestima, o de la envidia de los demonios. Pero también a raíz de unas largas vigiliadas, cuando el cuerpo se relaja y se dispone a dormir pueden suscitarse pensamientos de ansiedad a causa de la divina Liturgia si es sacerdote, o por la comunión que se va a recibir; esta obsesión ocasiona insomnio y, al no poder dormir, pensamientos impuros que cobran intensidad por el estado de relajación en que uno se encuentra. También puede ocasionarlo la envidia de los demonios. Y hay que tener en cuenta que si alguien durante la jornada ha tropezado su mirada con un hermoso rostro, se lo imagina luego en espíritu y se duerme con *pensamientos enviciados*; incapaz de expulsarlos en su estado de relajación, cae en falta durante su sueño, y quizá también en su lecho cuando se despierta. Y aún más: algunos individuos negligentes, que conozco, pueden sentarse juntos y entretenerse en cosas que excitan las pasiones, no importa que lo hagan o no con pasión; pero luego, una vez acostados, vuelven esas cosas a sus mentes, y se duermen apegándose a ellas durante su sueño. Es probable que en el decurso de esos pasatiempos, unos y otros se hubieren perjudicado mutuamente. Por eso necesitamos siempre vigilar sobre nosotros mismos y meditar lo que dice el Profeta: *Tengo continuamente al Señor ante mis ojos, pues está a*

¹ Mt 13,52.

² *ekeinou myoúmenos tà tôn apoekrymménôn mystêrîôn apórrêta, bíblos outos tois allois theópneustos estai, kainà te kai palaià phérousa mystêria gegramména daktúlô Theoû en autô.*

Cf. Ex 31,18; 2Cor 3,3.

mi derecha para que no caiga¹. Necesitamos taponar los oídos en todo lo concerniente a la pasión. A menudo también algunos, incluso cuando salen de la oración, han sido aguijoneados por movimientos carnales. Ya lo hemos mostrado en el capítulo sobre la oración.

120. Hermano, al inicio de tu vida monástica, trata de plantar en ti virtudes excelentes, para que seas útil a la comunidad y elogiado al final de tu vida por el Señor. No te tomes nunca libertad alguna con el *higúmeno*, como lo hemos dicho en otra parte. No recabes de él ningún honor. No te lées en amistades con los monjes ancianos. No ronronees en torno a sus celdas, sabiendo que en eso, no sólo comienza a enraizarse en ti la pasión de la vanagloria, sino que desagradará al superior. Lo comprenderás si lo consideras. Siéntate sosegado en tu celda, la que sea. No despidas a quien desea dialogar contigo por motivo de devoción. Además, si es con la anuencia de tu padre, no te perjudicará, aunque no sea de los piadosos. Y si no ves en eso tu bien, necesitas seguir el camino que te es bueno.

121. Necesitas tener continuamente en ti el temor de Dios y examinarte cada día para que tomes conciencia de lo que has hecho, no sea que sucumbas en la pasión de la falsa autoestima. Pero al confesar tus faltas y orar ardientemente, debes también llorar sobre lo que has hecho mal. Examínate así. Al terminar el día y al crepúsculo, debes cuestionarte: ¿Cómo ha transcurrido mi jornada con la gracia de Dios? ¿No habré condenado, injuriado o escandalizado a alguien? O ¿he mirado un rostro con pasión? O ¿no he desobedecido en mi cargo al que me mandaba?, ¿no he desempeñado tibiamente mi responsabilidad?, ¿no me he irritado contra alguien?, ¿no he dejado vagar mi mente con pensamientos vanos en la asamblea litúrgica?, ¿no he salido de la iglesia y del servicio divino con pesadez indiferente? Cuando en todas estas cosas no te has sentido culpable

¹ Sal 15(16),8.

—lo que, por lo demás, es imposible, pues nadie está limpio de mancha, ni siquiera un día de su vida¹, y nadie puede gloriarse de tener el corazón casto²—, entonces grita a Dios derramando abundantes lágrimas: “Señor, perdóname los pecados que he cometido en obras y palabras, en conocimiento y en ignorancia”. Pues cometemos muchas faltas³, y no nos damos cuenta.

122. Hay que confiar cada día todo pensamiento al padre espiritual; y lo que te diga recíbelo con plena seguridad como salido de la boca de Dios. No hables de estas cosas con nadie, expresándole por ejemplo: “He planteado a mi padre espiritual tal cuestión. Me ha respondido esto. ¿Tiene razón, o no? ¿Qué debo hacer pues para cuidarme?” porque estas palabras están llenas de desconfianza hacia el padre espiritual, y dañan el alma. Pero son cosas que de ordinario, acontecen entre los principiantes.

123. Es necesario que cada uno de nosotros mire como santos a todos los que viven en la comunidad, y que se considere él mismo como el único pecador y el último en rango; y que todos se salvarán, menos él, que será castigado en ese día. Aquel que piensa en eso cuando se encuentra en la asamblea litúrgica, que no cese de derramar lágrimas ardientes en la compunción de su corazón, y que tenga en cuenta a aquellos que, viéndolo, se escandalizan o se burlan. Pero si ves que exponiéndote así te dejas llevar de la vanagloria, sal de la iglesia y vete a llorar a ocultas volviéndote lo más rápido posible a tu celda. Sobre todo entre los novicios una cosa es buena, y singularmente durante el *exasalmo*⁴, la *sticología*⁵, las lecturas⁶ y la divina Liturgia. Procura no conde-

¹ Cf. Job 14,4.

² Cf. Prov 20,9.

³ Cf. Sant 3,2.

⁴ La lectura de seis salmos, que introduce el oficio de Maitines.

⁵ Lectura de los *kathismos* del Salterio. Lo integran un grupo de salmos bíblicos (también composiciones de los santos Padres), que había que escuchar *sentados*. El salterio de la Iglesia ortodoxa, se divide en 20 *kathismos*, o divisiones.

⁶ Las lecturas litúrgicas de la Biblia.

nar a nadie. Pero mantén en tu mente que todos los que ven tu miseria pensarán que eres un gran pecador, y orarán por tu salvación. En cualquier caso, si tienes siempre eso en cuenta y lo aplicas sin descanso, sacarás un gran bien, harás venir sobre ti la gracia de Dios, y tendrás parte en la felicidad divina.

124. No entres en la celda de nadie, salvo en la del *higúmeno*, e incluso acude raramente. Pero si quieres preguntarle a propósito de un pensamiento, hazlo en la iglesia. Después de la asamblea litúrgica, retírate inmediatamente a tu celda. Luego vete a desempeñar tu cargo. Después de Completas, haz una *metanía* ante el trono del *higúmeno*, pídele su bendición, y de nuevo, bajando la cabeza y en silencio, vete a tu celda. Más vale un *trisagion*¹ pronunciado con atención al acostarse que velar cuatro horas en conversaciones inútiles. En breves palabras: donde hay *compunción* y *duelo espiritual*² hay iluminación divina. Y cuando esto permanezca en ti, se disipará el tedio y la enfermedad.

125. No tengas afecto particular a nada, y menos a un principiante, aunque te parezca que lleva una vida intachable, pero con mayor razón si te inspira sospechas. Aunque no ocurra en ti, es frecuente que la afección espiritual se deslice en pasión y provoque inútiles aflicciones. No es infrecuente entre los ascetas. Pero la humildad y la oración continua te enseñarán. Aunque ahora no es momento de hablar en detalle de estas cosas. Que lo comprenda quien sea capaz.

126. Es necesario que tengas como extranjero a todo hermano que está en la comunidad, y todavía más a la gente conocida del mundo. Tienes que amar a todos los hombres de igual manera, y mirar como santos a quienes soportan el buen combate de la devoción. En cuanto a los negligentes como yo, hay que orar asiduamente por ellos. Sin embargo, como ya se ha di-

¹ Triple invocación a la Santa Trinidad.

² *opou katányxis kai pénthos pneumatikón, ekeî kai éllampsis theía.*

cho, considera a los demás como santos, pero tú, apresúrate a purificarte de las pasiones mediante compunción, para que recibas la luz de la gracia te capacite a mirar a todos los hombres con el mismo rasero y llegues igualmente a la beatitud de los corazones puros¹.

127. Considera, hermano, que lo que se llama perfecta *anacóresis* lejos del mundo consiste en morir completamente a la voluntad propia y luego, a desprenderse de padres, vecinos y amigos, y separarse de ellos.

128. A continuación debes despojarte de todos tus bienes, distribuirlos entre indigentes conforme a las palabras del Señor: *Vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres*². Y olvida a las *personas* que has amado de una manera peculiar, corporal o espiritualmente.

129. Todo cuanto está oculto en tu corazón, todo lo que has hecho desde tu infancia hasta este momento, confiésalo al padre espiritual o al *higúmeno*, como si fuera al mismo Dios que sondea los corazones y las entrañas³, pues ya sabes que Juan bautizaba con un bautismo de penitencia⁴, y que todos acudían a él para confesar sus pecados⁵. El alma recibe entonces una gran alegría y el conocimiento que de ello se deriva es un alivio, según la palabra del Profeta: *Confiesa ante todo tus pecados, para que quedes justificado*⁶.

130. Necesitas fijar en tu mente esta certeza: A raíz de tu entrada en la comunidad monástica, todos tus parientes y amigos están muertos. Debes considerar que tu solo Padre y tu sola Madre son Dios y el superior; y no se te ocurra pedir nada a tu familia para satisfacer una necesidad corporal. Pero si te envían alguna cosa, recíbelo, ora por su solicitud; y da lo que te han enviado a la hospedería o a la enfermería, pero hazlo con toda hu-

¹ Cf. *Mt* 5,8.

² *Mt* 19,21.

³ Cf. *Sal* 7,9.

⁴ Cf. *Hch* 19,4.

⁵ Cf. *Mt* 3,6.

⁶ *Is* 43,26.

mildad. Pues no tienes que considerar que tú estás entre los perfectos, sino entre los más pequeños.

131. Necesitas hacer con humildad todo lo que es bueno, teniendo en el espíritu a Aquel que ha dicho: *Cuando hagáis lo mandado, decid: somos siervos inútiles. Hemos hecho lo que teníamos que hacer*¹.

132. Si estás avergonzado de algo, aunque no sea más que por la sugestión de un pensamiento, necesitas abstenerte de recibir la comunión hasta que por el arrepentimiento te hayas reconciliado. Pero eso también lo aprenderás de la oración.

133. Necesitas disponerte cada día a acoger toda aflicción; comprende que las aflicciones resarcen numerosas deudas, y dan gracias al Dios santo. Por estas cosas se logra una seguridad que nada puede confundir, según el gran Apóstol: *Pues la aflicción engendra la paciencia. La paciencia engendra la experiencia. La experiencia engendra la esperanza. Y la esperanza no decepciona*². Pues, lo que el ojo no ha visto, lo que el oído no ha percibido, lo que no ha llegado al corazón del hombre³, todo eso, según la promesa infalible, se da a los que, con la ayuda de la gracia, se han mostrado pacientes a través de las aflicciones. Porque nada bueno se puede hacer sin la gracia.

134. No laves nada a tu celda, ni siquiera una aguja. Te basta una estera, un cobertor, un manto y tus vestidos. Si es posible, no tengas calzado. Todo eso ya se ha dicho, sin embargo lo comprende quien es capaz.

135. No necesitas pedir nada al *higúmeno* de lo que podría serte útil fuera de las cosas prescritas. Incluso estas, no las tomes más que cuando él te las proporcione cuando te llame. Y no hagas caso cuando el pensamiento te sugiera cambiar algo que te han proporcionado. Debes recibirlo y usarlo con gratitud, como viniendo de Dios. No salgas a comprar nada. Si tu hábito está sucio, tendrás que lavarlo dos veces por año. Mientras lo lavas, pide con toda humildad el hábito de otro hermano como

un pobre y un extranjero que eres, esperando que el tuyo, esté limpio y seco al sol. Después devuelve su hábito con agradecimiento. Haz lo mismo con el manto, y con cualquier otra cosa.

136. En la medida de tus fuerzas, no debes escatimar tus penas cuando desempeñas tu cargo. En tu celda debes persistir en una oración con compunción, efusión de lágrimas y atención¹. Y nunca justificarte porque “al estar hoy cansado por el trabajo físico vayas a recortar el tiempo de oración”. Pues yo te digo que si alguien se entrega a desempeñar su cargo en detrimento de la oración, ha de valorarlo como una gran pérdida. Y es la verdad.

137. Debes llegar antes de los demás a las asambleas eclesiales, y marcharte el último salvo causas mayores, sobre todo en maitines y en la Liturgia.

138. Hay que supeditarse completamente al *higúmeno*, del que has recibido la tonsura, y hacer lo que te ordena sin cuestionarlo hasta la muerte, aunque te parezca imposible. Pues en eso imitarás a Aquel que ha obedecido hasta la muerte, y muerte de cruz². Y no sólo no hay que desobedecer en nada al *higúmeno* pero ni siquiera a toda la fraternidad y al responsable de los oficios. Si lo que te mandan supera tus fuerzas, haz una *metanía*, y pide quedar dispensado. Y si recibes una negativa, violéntate a ti mismo considerando que el Reino de los cielos es para aquellos que se hacen violencia, y que los que se violentan lo arrebatan³.

139. Se necesita con un corazón quebrantado⁴ arrojarse a los pies de toda la fraternidad, como un hombre sin apariencia, desconocido, siendo nada. Me atrevo a afirmar que quien se comporta así en la vida recibe el don de la *visión profética*⁵, y

¹ *en tō kellíō kartereîn en tē eyjê metà katanýxeōs kai prosojês kai synejôn dakryôn.*

² Cf. *Flp* 2,8.

³ Cf. *Mt* 11,12.

⁴ Cf. *Sal* 50(51),19.

⁵ A la letra, mejor, “llega a ser un diorático” (*dioratikòs genómenos*). La *diorasis*, carisma superior al don de clarividencia, es capacidad de penetración en la visión a través de la opacidad de las cosas, los acontecimientos y el tiempo. Se asimila al carisma profético.

¹ *Lc* 17,10.

² *Rm* 5,3-5.

³ *1Cor* 2,9.

predice muchos acontecimientos con la ayuda de la gracia. Un hombre así llora también por las faltas de los demás; está desprendido de las pasiones materiales, pues el amor espiritual de Dios le impide caer en ellas. Sin embargo, el mero hecho de predicar no tiene nada de extraño; porque también lo suelen hacer los demonios. Aunque lo comprende el que es capaz. Sin embargo, si alguien comienza a oír confesiones, puede quizá quedar privado de estos dones, por estar ocupado en analizar los pensamientos de otros. Pero si, por otra parte, con mucha humildad, deja de oír confesiones y de dar consejos, podría recuperar aquellos dones anteriores. Dios sabe todo esto, dejémosle; en cuanto a mí, me embarga el temor, y no me atrevo a decir nada más.

140. Debes tener siempre tu mente orientada hacia Dios, estés durmiendo o en vigilia, comas o hables, trabajes manualmente u ocupado en cualquier actividad. Es lo que dice la palabra profética: *Tengo siempre al Señor ante mis ojos*¹. Considera que eres pecador más que cualquiera. Si mantienes eso fijo en tu memoria, una iluminación esclarecerá tu mente como un rayo de luz. Cuanto más la pretendas con gran atención y sin dejarte distraer, esforzándote y sumido en lágrimas, más viva te aparecerá. Ahora bien, si te aparece, la querrás. Si la quieres, te purificará. Si te purifica, te volverá semejante a Dios, te ilustrará y enseñará a discernir el bien del mal. Pero es necesario sufrir mucho, hermano, para que con la ayuda de Dios esta luz venga en fin a establecerse con seguridad en tu alma, para que te esclarezca, como la luna esclarece las tinieblas de la noche. Necesitas también estar atento a lo que te sugieren los pensamientos, la vanagloria y la presunción, y no condenar al que ves hacer algo incorrecto. Pues cuando los demonios ven al alma, en estado de paz por la gracia que permanece en ella, liberada de pasiones y de tentaciones, hacen lo indecible para atacarla. Pero si

¹ Sal 15(16),8.

cuentas con la ayuda de Dios, procura mantenerte en estado de compunción sin cansarte nunca. Intenta que en nada te afecte ni la demasiada alegría, ni la excesiva tristeza. Reconoce que cuanto te sucede no es fruto de tu propio trabajo sino de la gracia de Dios. De lo contrario, lo podrías perder, y si en tal caso buscaras urgentemente en tu oración no lo encontrarías; únicamente caerías en la cuenta del don que habías perdido. Señor, no dejes que nunca seamos privados de tu gracia. Sin embargo, hermano, si eso te aconteciera, arroja delante de Dios tu debilidad; luego levántate, extiende las manos y ora así: “Señor, ten compasión de mí que soy un pecador, débil y desgraciado, envíame tu gracia, no permitas que sea tentado por encima de mis fuerzas¹. Mira, Señor, qué desánimo y qué pensamientos me han traído mis incontables pecados, aunque yo no pueda darme cuenta de la pérdida de tu consolación por causa de los demonios y de mi presunción”. Sé que los demonios se oponen furiosamente a quienes cumplen ardientemente tu voluntad. No obstante yo, que hago cada día la voluntad de los demonios, ¿cómo voy a estar tentado por ellos? Estoy tentado más bien por mis pecados. Ahora, Señor mío, Señor, si tal es tu voluntad y si eso es bueno para mí, envía de nuevo tu gracia a tu servidor, a fin de que al verla me regocije, lleno de compunción y en gemidos, esclarecido por este esplendor siempre luminoso, preservado de la mancha de pensamientos impuros, de toda cosa mala, de todo lo que cada día puedo hacer y expresar en falsedad, consciente o inconscientemente, recibiendo luego la plenitud de la confianza en ti, Señor, cuando cada día los demonios y los hombres abrumen de aflicciones a tu servidor, y cuando se quiebre la voluntad propia, considerando en fin, Señor, los bienes que esperan los que te aman². Pues has dicho, Señor: *El que pide, recibe; el que busca, encuentra; y se abrirá al que llama*³. Además, hermano, perse-

¹ Cf. 1Cor 10,13.

² Cf. 1Cor 2,9.

³ Mt 7,8.

vera pidiendo todavía todo lo que Dios te inspire, sin dejarte detener por el tedio. Y el Dios bueno, no te abandonará¹.

141. Permanece hasta el fin en la celda que has recibido del superior desde el comienzo. Pero si te sientes turbado por el pensamiento de su antigüedad o de su mal estado, haz una *metanía* ante el superior y sugiérele con humildad. Si te escucha, alégrate. Si no, da gracias de la misma manera, acordándote de tu Señor, que no tenía en donde reposar su cabeza². Pues si importunas a tu superior dos, tres o cuatro veces, brotará en ti la impertinencia, luego la desconfianza, y finalmente el menosprecio. Si quieres llevar una vida sosegada y recogida, no reclames nunca nada al *higúmeno* para confortar a tu cuerpo. Pues eso no es lo que habías prometido al comienzo, sino ser menospreciado y desdeñado por todos, según el precepto del Señor, con un aguante animoso. Si pues quieres mantener tu confianza y tu amor al *higúmeno*, y considerarlo como un santo, guarda estas tres cosas: no le reclames nada para tu seguridad, no te tomes libertad alguna con él; no frecuentes su despacho, como lo hacen algunos de los que, a creerles, pretenden aprovecharse. Un comportamiento así carece de consistencia, aun siendo humano. Sin embargo, no condeno el hecho de no ocultar al *higúmeno* cualquier pensamiento que te venga. Si observas todo esto, atravesarás sin tormenta el mar de esta vida, y considerarás como un santo a tu padre espiritual, cualquiera que sea. En el caso de que otro monje acuda a tratar con él de un mismo asunto o de otro tema, advierte que tu padre espiritual no te atiende de momento, no te alteres, ni abrigues pensamiento hostil alguno. Mantente apartado, con las manos juntas, hasta que haya acabado su encuentro y te llame. Es esa una actitud que los padres nos han remitido quizá adrede, para probarnos y desprendernos de los pecados.

¹ Cf. Gn 28,15.

² Cf. Mt 8,20.

142. Es necesario ayunar durante las tres Cuaresmas¹ y doblemente durante la mayor, salvo cuando caen las grandes fiestas, el sábado y el domingo. Durante las otras dos Cuaresmas, simplemente hay que ayunar. Los otros días del año, habrá que comer una vez por día, salvo el sábado, el domingo, y cuando caen las fiestas, pero nunca a saciedad.

143. Esfuérzate en ser un modelo útil a toda la fraternidad en toda virtud, en la humildad y en la dulzura, en la compasión y la obediencia hasta en los más pequeños detalles, en la carencia de cólera y de pasión, en la pobreza y la compunción, en la inocencia, la discreción, la simplicidad del comportamiento y la reserva hacia todo hombre, en la visita a los enfermos y el consuelo de los afligidos. No te apartes de nadie que necesite tu ayuda, ni siquiera bajo el pretexto de dialogar con Dios. Pues el amor vale más que la oración. Esfuérzate en ser compasivo con todos, ajeno a la vanagloria, discreto. Trata también de no ser nunca tajante, de no reclamar nada al superior ni a ninguno de los que desempeñan un cargo, de honrar a todos los sacerdotes, de mantenerte atento en tu oración, de rechazar la afectación, de amar a los demás, de no pretender una falsa autoestima escrutando y sondeando las Escrituras. La oración que expresarás en lágrimas y la iluminación que te vendrá de la gracia te enseñarán estas cosas. Si alguien te pide consejo antes de tomar una decisión, con gran humildad y olvido de ti mismo manifiéstale cómo la gracia de Dios inspira actitudes diversas que se pueden adoptar ante cualquier buen comportamiento. Y no te apartes de quien te pide esclarecimiento a propósito de una idea. Carga sobre ti las faltas de otro, las que sean, llorando y orando por él. Es la señal de un amor grabado en ti y de una completa compasión. No rechaces a quien acude a ti sospechando que te va a perjudicar la escucha de sus cuitas, pues con la ayuda de Dios no

¹ Las Cuaresmas que preceden a Pascua, Navidad y la Dormición. La gran Cuaresma es la que precede a Pascua.

te hará mella. Sin embargo, para evitar un posible escándalo, deberás tratar esos asuntos en algún lugar sustraído a las miradas; incluso tú mismo, siendo humano como eres, podrías ser asaltado por algún pensamiento desconcertante. Pero si la gracia de Dios está presente en ti, eso no sucederá. En cualquier caso se nos prescribe buscar no nuestro propio bien, sino el de los demás, para que se salven¹. Como ya se ha dicho, debes mantener una vida sosegada y pobre, libre de inquietudes y posesiones mundanas. Entonces reconocerás cómo la gracia es activa en ti, cuando verdaderamente sientas que eres el mayor de los pecadores. Yo no sé cómo acontece todo eso; sólo lo sabe Dios.

144. Durante las vigias nocturnas debes leer dos horas, y orar otras dos horas en la compunción y las lágrimas, pronunciar el *canon* que te agrade, y si quieres, los doce salmos, el Amos² y la oración de san Eustrato³. Esto para las grandes noches. Para las pequeñas, se ha de tener un oficio más breve, según la fuerza que te da Dios. Sin él, en efecto, es imposible alcanzar algún bien, como dice el Profeta: *Dios dirige los pasos del hombre*⁴. Y el Señor mismo ha dicho: *Sin mí no podéis hacer nada*⁵. Nunca te acerques a la comunión sin derramar lágrimas.

145. Debes comer todo lo que te pongan, e incluso beber vino con sobriedad, sin murmurar. Pero si estás enfermo y vives aparte, come legumbres crudas con aceite. Y si un hermano te envía algo de comida, recíbelo con gratitud y humildad, como un extranjero. Lo que sea, cógelo. Y lo que te sobre, pásaselo a otro hermano pobre y piadoso. Si un padre te invita a un refrigerio, toma lo que te ofrece, pero poco, conforme al mandamiento, para guardar la templanza. Y cuando te levantes,

¹ Cf. *1 Cor 10,24.22*.

² Como sustantivo designa el salmo 118(119).

³ Esta oración de san Eustrato se encuentra en el oficio bizantino de medianoche (el *mesonyktinon*) del sábado. Para el texto de esta oración y su explicación ver *La prière des Heures*, Chevetogne 1875, p.81-82; 1r4-15.

⁴ *Salm 36(37)*.

⁵ *Jn 15,5*.

después de haber hecho una metanía como lo haría un extranjero y un pobre, exprésale tu gratitud y dile: "Padre santo, que Dios te recompense". Pero procura no decir más, aunque te pareciera de utilidad.

146. Si uno de tus hermanos, que ha sido reprendido por el superior, por el mayordomo, o por cualquier otro, se acerca a ti, consuélalo de esta manera: "Hermano, creo que te ha sucedido eso para probarte. También yo he conocido una humillación parecida en otras circunstancias, y en mi debilidad andaba triste. Pero desde que me he convencido que todo eso me sucede como una prueba, lo soporto con gratitud. Haz pues tú lo mismo. Y te alegrarás más bien de tus aflicciones". Pero si comienza a lanzar reproches hirientes, aun en ese caso no le desentendas, sino consuélale como te lo inspire la gracia. Los discernimientos son muy variados. Y en la medida en que comprendas el estado de tu hermano y sus pensamientos, acércate él, y no le dejes marchar sin haberlo confortado.

147. Si te acontece de haberte retrasado en visitar a un hermano enfermo, adelántate con tu palabra y dile: "Créeme, padre santo, me he enterado hoy de tu enfermedad, y te pido perdón". Luego, cuando te acerques, y hayas hecho una metanía ante él, y te haya dado su bendición, pregúntale: "¿Cómo te ha socorrido Dios, padre santo?". Y sentado, con las manos juntas, mantente en silencio. Pero si estás con otros que han acudido también a visitar al enfermo, procura no mantener una conversación, ni sobre la Escritura santa, ni sobre las ciencias de la naturaleza, ni plantear cuestión alguna, a fin de no ser presa más tarde de la aflicción. Pues es lo que suele acontecer casi siempre a los hermanos más sencillos.

148. Si algún día compartes tu refección con hermanos piadosos, debes tomar los alimentos que te ofrecen, los que sean, sin mostrar preferencias. Si has recibido de un padre espiritual la orden de no comer pescado o cualquier otra cosa, pero te los presentan, si te es posible debes acudir a quien te ha impuesto

la prohibición para que la levante y te permita tomar ese alimento. Si no estuviera presente, y dudas que te lo permitiera, o si por otra parte no deseas escandalizar a tus hermanos, declárale después de la refección tu comportamiento, y pídele perdón. Pero si quieres evitar cualquier inquietud, más vale que no asistas a la comida con tus hermanos. Y entonces tu provecho será doble: escaparás al demonio de la vanagloria, y evitarás el escándalo y la aflicción a tus hermanos. En fin, si te ofrecen alimentos más suculentos, observa tu regla. Ante estos alimentos más vale tomar un poco de todo. Si alguien te invita, sigue el consejo del Apóstol que recomienda lo siguiente: *Hay que comer de todo lo que se ofrece, sin poneros a investigar nada por razones de conciencia*¹.

149. Si cuando estás haciendo tu oración en tu celda alguien llama a tu puerta, ábrele. Siéntate, háblale con humildad. Quizás puedas contribuir a su bien. Y si está abrumado por una aflicción, intenta reconfortarlo de palabra y obra. Y cuando se marche, cierra la puerta, retoma y acaba tu oración. Pues preocuparse de los que acuden es una obra semejante a la reconciliación. Pero si es un hombre de mundo el que te llega, no debes actuar así; le dirigirás la palabra tan sólo después de haber terminado tu oración.

150. Si cuando oras, sientes un espanto, sea porque oyes un ruido, o porque brille una especie de luz, o suceda cualquier otra cosa, no te turbes. Antes bien, persevera con mayor intensidad todavía en la oración. Pues acontece entonces, que los mismos demonios provocan una agitación, un escalofrío, un vértigo, para que te relajés y descuides la oración, y que, presa de su poder, quedés en adelante cautivo. Pero si cuando acabas tu oración, brilla sobre ti otra luz de la que te es imposible decir nada, si tu alma se colma de alegría, si deseas lo mejor, si derramas lágrimas de compunción, has de saber que se trata de una visita de Dios y de una ayuda². Si permaneces mucho tiempo en ese es-

¹ 1 Cor 10,25.

² Cf. Sal 21(22),19; 88(89), 18.

tado, porque no te sucede ninguna otra cosa, y las lágrimas te oprimen, contén tu mente ocupada en algún trabajo manual, y en eso te humillarás. Pero vigila para no descuidar la oración porque los enemigos te amedrentan. Pero lo mismo que un niño asustado por el coco cesa de temer desde que se refugia en los brazos de su madre o de su padre, así tú, si corres hacia Dios por la oración, escaparás del miedo de los enemigos.

151. Si cuando estás sentado en tu celda, acude un hermano a preguntarte acerca de un combate¹ carnal, no lo despaches. Ayúdale lleno de compunción en lo que la gracia de Dios y la experiencia adquirida te permitan expresarle; luego ya podrás despedirle. Cuando salga, haz una *metanía* delante de él y dile: “Créeme, hermano, espero que con el amor de Dios ganes este combate; únicamente procura no ceder, ni relajarte”. Y después de su marcha, gimiendo, ora por tu hermano y di: “Señor Dios, que no quieres la muerte del pecador², actúa como bien sabes lo que es bueno para este hermano”. Y Dios, que conoce la confianza que el hermano ha depositado en ti, tu compasión por amor y tu oración sincera por él, aligerará su combate.

152. Todas estas cosas, hermano, te ayudarán a lograr la compunción. Y deben encauzarse con un corazón quebrantado³, con paciencia y acción de gracias. Son las verdaderas fuentes de lágrimas, purifican las pasiones, y abren el Reino de los cielos. Pues el Reino de los cielos es para los que se hacen violencia, y los que se violentan, lo arrebatan⁴. Si tú llegas a eso, te sentirás completamente liberado de la manera que vivías antaño, y quizá incluso de las *sugestiones de tu pensamiento*. Las tinieblas se retiran naturalmente ante la luz, y la sombra ante el sol. Pues si alguien descuida estas cosas al comienzo, relajando el pensamiento, ocupándose de lo superfluo, queda privado de la gracia. Entonces cae en las pa-

¹ Aquí, una tentación.

² Cf. Ez 18,23.

³ Cf. Sal 50(51),19.

⁴ Cf. Mt 11,12.

siones del mal, conoce su propia debilidad, y se llena de espanto. Por lo demás es necesario que quien ha llegado a hacer estas cosas no considere que las ha realizado por su propio esfuerzo, sino por la gracia de Dios. Hay que comenzar pues, por la purificación de uno mismo, según aquella sentencia: “Debes ante todo purificarte, y luego solazarte con el que es puro”. Cuando la mente ha quedado purificada por muchas lágrimas y acoge el esplendor de la luz divina, esta luz que el mundo entero no podría atenuar si la recibiera, permanece espiritualmente en los bienes del mundo futuro.

153. Se preguntó cierto día a este santo y bienaventurado Simeón qué hombre debía ser sacerdote. Y contestó: “Yo no merezco ser sacerdote. Pero sé con toda certeza quién debe celebrar el culto divino. Ante todo una persona casta, en cuerpo, y en alma, liberada de todo pecado. También, debe ser humilde en su comportamiento exterior y en la actitud interior de su alma. Y nada más acercarse al santo altar, debe fijar sin titubeo alguno los ojos de su mente en la Divinidad, y los ojos físicos en los santos dones expuestos¹. Pero sobre todo, debe llevar conscientemente en su propio corazón a Aquel que está invisiblemente presente en los dones, a fin de poder así ofrecer las súplicas con *seguridad*, y hablando como un amigo a otro amigo², y decir: *Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre*³, significando la oración que tiene en sí, con el Padre y el Espíritu Santo, a Aquel que por naturaleza es verdaderamente el Hijo de Dios. He visto a sacerdotes con este talante. Perdonadme, padres y hermanos”. Como hablando de otro, Simeón se ocultaba y ahuyentaba la gloria humana, pero forzado por su amor al hombre, se desvelaba a sí mismo y decía: “De un monje sacerdote que se confió en mí como en su amigo le oí decir esto: “Yo nunca he celebrado la Liturgia sin ver al Espíritu

¹ *noerôs tèn Theótêta, aisthêtôs tà prokeîmena agía orân ophêlei anamphibólôs.*

² Cf. Ex 33,11.

³ Mt 6,9.

Santo, como lo vi venir sobre mí cuando el metropolitano me consagraba y decía la oración de ordenación sacerdotal, con el eucologio apoyado sobre mi cabeza”. Cuando yo le preguntaba cómo había visto al Espíritu Santo y bajo qué forma, me dijo: “Simple y sin forma. Pero era como una luz”¹. Al comienzo me asombraba al ver lo que yo nunca había contemplado y me preguntaba qué era eso. Pero oí una voz que me decía secretamente: “De esta forma visito a todos los profetas y a los apóstoles, y a los elegidos y los santos de Dios hoy. Pues yo soy el Espíritu Santo de Dios”. A él la gloria y el poder por los siglos. Amén.



¹ *aploûn kai aneideon, plên ôs phôs.*